

Selección

TERROR

PERO ¿QUIÉN MATÓ A SUSAN MILLER?

SILVER KANE

Poco a poco, las carcajadas cesaron.

El silencio pesado, expectante, también pareció volverse del color de las luces amarillas.

Nat Temple intentó huir, pero ya no pudo. Quedó tenso, jadeante, al darse cuenta de que alguien acababa de cerrar la puerta.



Silver Kane

Pero… ¿Quién mató a Susan Miller?

Bolsilibros: Selección Terror - 53

ePub r1.1
Titivillus 15.01.14

Silver Kane, 1974
Ilustraciones: Alberto Pujolar

Editor digital: Etriol
Digitalizador: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

Capítulo Primero

En la adormecida redacción del *Commerce Monitor* sonó el teléfono a altas horas de la madrugada. El redactor de guardia, que aquella vez era Nat Temple, se despabiló porque estaba medio *groggy* por el cansancio con los pies sobre la mesa. Descolgó el auricular y preguntó, con voz pastosa:

—Redacción del *Commerce Monitor*. ¿Quién llama?

Tardaron en contestarle. Sólo llegaba hasta él una respiración jadeante desde el otro lado del hilo, y eso era todo lo que podía captar. Por un momento llegó a pensar que se trataba de un borracho.

—Diga…

Ante los ojos de Nat Temple se extendía la redacción vacía, desolada, muerta a aquellas horas, del *Commerce Monitor*, donde sólo estaba él, como redactor de guardia, además de un taquígrafo que ya llevaba dormido un par de horas y al que no hubiesen excitado ni las trompetas del Juicio Final. El otro redactor, el de platina, ya estaba dando los últimos toques a la edición a punto de entrar en las rotativas. Con tinta hasta los codos y sosteniendo en los labios un cigarrillo que no se había acordado de encender, su silueta era perceptible a través de los grandes cristales esmerilados. Por lo demás, no se distinguía a nadie. A través de las grandes ventanas del fondo se veía flotar la niebla.

Nat Temple insistió:

—Oiga… Diga de una vez lo que sea o cuelgue. Aunque le parezca mentira, para mí esta es la hora de la siesta…

La voz llegó entonces desde el otro lado del cable, mezclada con la agitada respiración.

—Oiga… Supongo que es el *Commerce Monitor*.

—Claro que sí. Ya se lo he dicho. ¿Qué quiere?

—Ustedes tienen la redacción en Croydon.

—Sí. Cierto… Pero imagino que no es sólo eso lo que usted quería saber.

A veces llamaba gente para cosas raras. La cotización del algodón en Bombay, por ejemplo. O las negociaciones para los salarios de los mineros chilenos, que podían influir en el precio mundial del cobre. Incluso había quien preguntaba cosas para poder hacer los deberes que en el colegio les habían puesto a sus hijos. Pero esta vez era distinto. El tipo dijo:

—Quiero hablarle de un suceso.

—Verá… —dijo Nat Temple—. Se lo agradezco, pero este es un periódico que se dedica más bien a información general. Ya sabe usted: precios, fundaciones de compañías, suspensión de pagos, cotizaciones inmobiliarias…

—Pero tienen una sección de sucesos, ¿no?

—Por supuesto. Sobre todo sucesos que influyen de algún modo en la vida comercial, como una avería telefónica importante o un incendio en unos grandes almacenes.

Imagino que no querrá usted hablarme de un crimen. Y si es así, ¿por qué se le ha ocurrido llamar a este periódico?

Al otro lado del cable, el desconocido seguía respirando agitadamente.

Dijo con un hilo de voz:

—Es el único número de teléfono que recordaba, porque yo tengo un pequeño negocio y soy suscriptor de ese periódico. Además, las cosas han ocurrido aquí, en Croydon. Ustedes son los que antes pueden venir a verme. Lo necesito.

Temple pensó: «Un chiflado. Un exhibicionista. Un tío que quiere salir en los periódicos como sea. Ahora querrá hacerme ir al otro lado del barrio para explicarme que le ha pegado una paliza a su mujer».

Pero la voz del desconocido había sido angustiosa. Fue eso lo que le retuvo en el hilo.

Mientras se disponía a tomar nota, preguntó:

—Si es un caso de conciencia, sentiré no poder atenderle. Tendrá usted que llamar a un sacerdote o a la policía. En fin, ¿de qué se trata?

—A la policía no puedo llamarla.

—¿Por qué?

—Porque yo soy el culpable.

Temple arqueó un poco las cejas, aunque procuró que su voz fuese del todo natural al preguntar de nuevo:

—¿De qué se trata?

—Del rapto de las alumnas del colegio Siverley.

El colegio Siverley estaba en Croydon y era de los más exclusivos del área de Londres.

Prácticamente, no se admitía allí a nadie. Temple sabía eso, pero no recordaba ni mucho menos que allí se hubiera producido un rapto. Hubiese sido un auténtico escándalo nacional.

—No sé nada de eso —dijo.

—Pues se ha producido… Créame que se ha producido… Le juro que no le estoy mintiendo ni tengo ganas de bromear. Le daré mi nombre y mi dirección. Soy un comerciante matriculado en Londres. Venga a verme en seguida.

—¿Por qué no viene usted aquí?

—No puedo. Le juro que no me atrevo a salir. Tengo miedo…

Nat Temple pensó que, de todos modos, era una broma, y encima una broma de mal gusto, pero no podía exponerse tampoco a perder una posible noticia de gran interés. Nat Temple estaba en esa maravillosa edad en que un periodista aún cree en las noticias importantes descubiertas por él solito. De modo que tomó nota de la dirección que el otro le daba, le dijo que iría en seguida y colgó el teléfono.

A continuación hizo una serie de cosas importantes: Descolgar su americana de un perchero.

Lanzar al aire con rabia un paquete de cigarrillos vacío.

Tropezar con una papelera.

Lanzar un taco.

Penetró en el archivo por si el encargado aún estaba allí. A aquellas horas en que no había trabajo, el encargado solía ser un chico de veinte años que archivaba las fotos de Willy Brandt en el sitio donde debían estar las de Nixon, y las de Nixon las archivaba con el nombre de Golda Meir. También se confundía en cuanto a los lugares. Una foto del castillo francés de La Muette, donde suelen reunirse las altas autoridades monetarias internacionales, la tenía

archivada con este pie: «El castillo de la muerte».

Así podía fiarse uno de él.

De todos modos. Temple no tenía a nadie más experto para acudir, de modo que dijo:

—Eh, chico.

Una vocecita surgió de debajo de una mesa:

—¿Qué hay, patrón?

—¿Todavía estás ahí?

—Ya ve…

—No, si precisamente no te veo. Oye, quiero saber una cosa, si es posible, antes de que te jubilen, chico. ¿Conoces tú a un comerciante de la zona llamado Belmar?

—No. ¿A qué se dedica?

—No lo sé. Acaba de llamarme y me ha dicho solamente que tiene un negocio «distinguido e importante».

—Pues no, no lo conozco.

El chico seguía hablando desde debajo de la mesa, y sin aparecer.

Temple preguntó:

—Otra cosa, aunque en esta ya confío menos. ¿Tú te enteras de lo que archivas?

—No.

—Cuerno. ¿Por qué no?

—Porque el director de este importante rotativo de fama mundial me dio cierta vez un consejo que es una regla de oro para el trabajo: «Lea, pero no se entere». Me dijo que si me enteraba me volvería loco.

—Así ha llegado a director —refunfuñó Temple—. Pero quizá te acuerdes, por pura chiripa, de algo. ¿Conoces el colegio Siverley?

—Sí, claro —dijo el chico desde debajo de la mesa—. Hay allí unas niñas estupendas.

Una voz indignada brotó entonces también desde debajo del mueble. Era una voz femenina y llena de excitación:

—¡Bandido! ¡Tú me la pegas con otra!

A Temple se le cayó el cigarrillo que se acababa de poner entre los labios:

—Oye, chico, pero ¿quién está ahí contigo?

—¿Y qué quiere que haga? —respondió la voz masculina—. De

día trabajo en una droguería, y de noche en este importante rotativo de fama mundial. ¿A qué horas y en qué sitios quiere que vea a mi novia?

Temple se resignó.

Pensó que «en sus tiempos» aquellas cosas no pasaban, a pesar de que él sólo tenía veinticinco años.

—No te molesto más —gruñó—. ¿Recuerdas por pura chiripa si se ha archivado alguna noticia que hablara de raptos en el colegio Siverley?

—No, patrón, eso no. Una noticia así me la hubiera tragado yo en seguida. ¡Ayyyy!

—¿Qué pasa?

—Es ésta, que me ha atizado un pellizco.

Temple se colgó la americana del hombro, recogió el cigarrillo del suelo porque el jornal no daba para más y de paso miró si veía algo debajo de la mesa. Llegó a distinguir unas piernas sensacionales y que daban idea de lo que sería el resto.

«Cuerno con el chico —pensó Temple—. Tiene más suerte que yo…».

Y salió a la calle.

Estaba seguro de que iba a encontrarse con un chalado. Un tío que seguramente había soñado que raptaba a una quinceañera del colegio de Siverley y se la llevaba a Beirut en su avión particular. Y encima quería que lo publicasen los periódicos.

Tomó el coche, un atrotinado «Morris», y fue a través de la niebla hasta el principio de la estrecha calle llamada Nathaniel's Road. Como allí empezaba la dirección prohibida, no quiso dar la vuelta y estacionó el coche en la entrada, haciendo el resto del camino a pie.

Pese a la angostura de la calle, el comercio establecido allí era prestigioso: una joyería, un instituto de belleza, un club femenino, una tienda de artículos de importación… Belmar tenía que ser el dueño de alguno de aquellos locales. Sin duda un comerciante muy bien acreditado.

De modo que Temple buscó su nombre en los mejores sitios de la calle.

Y de pronto, tuvo una buena sorpresa.

El nombrecito estaba allí, ante sus ojos: «Belmar. Pornographyc Shop». De modo que el tío que acababa de llamarle tenía el único comercio de artículos pornográficos que había en la zona.

Nat Temple estuvo tentado de no entrar.

Como broma, ya había llegado bastante lejos.

Pero, puesto que estaba allí, decidió al fin meterse en la tienda. La puerta estaba entreabierta y decía: «Aults City». En fin, se prohibía la entrada a los menores de dieciocho años, pero Temple ya los había cumplido. Empujó la hoja de madera y se encontró sumergido en un mundo que conocía bien, pero que nunca había querido frecuentar. Había allí revistas de todas clases, desde las que descubrían misteriosas pasiones en la India hasta las que trataban de «amor» entre seres del sexo masculino, y que a él siempre le habían inspirado una repugnancia especial. También había libros de «técnica» y hasta algún que otro muñeco de goma inflable. No faltaba nada.

Una luz amarilla e irreal alumbraba el recinto.

Era una especie de luz de emergencia, esa luz que uno espera encontrar, por ejemplo, en un submarino durante un ataque con cargas de profundidad.

Nat Temple llamó:

—Belmar… ¡Señor Belmar!

Nadie le contestó.

La luz amarilla disipaba las sombras. Era como esas luces de mercurio de las autopistas que no dejan ningún ángulo muerto, pero que pueblan de misterio lo que hay un poco más allá. Y más allá había una puerta que oscilaba levemente. Una hoja de madera y cristal que parecía movida por una inquietante brisa.

—Señor Belmar…

Temple empujó aquella hoja.

Allí debía estar el despacho o administración del negocio.

De pronto se detuvo. En sus ojos hubo una violenta expresión de horror, de desconcierto, de miedo… Sí, también de miedo. Porque miedo era lo que quedaba en los ojos de Belmar, aquellos ojos que habían sido arrancados de las órbitas.

Jamás Nat Temple había visto una carnicería semejante.

La sangre lo llenaba todo.

Belmar, si es que era Belmar, había recibido más de treinta

puñaladas… y sobre todo estaba el detalle de los ojos. Los ojos arrancados y que yacían junto al cadáver. Temple, pese a toda su serenidad, sintió vértigo y estuvo a punto de caer sobre la sangre.

Fue eso precisamente lo que le ayudó a rehacerse.

El temor a hundirse en aquella especie de lago rojo detrás del cual estaban ya las últimas fronteras del horror.

Fue entonces cuando oyó aquellas extrañas, espectrales carcajadas. Más tarde, Temple se volvería loco intentando recordar de dónde surgieron, cuándo las escuchó exactamente, cuánto duraron. Pero en aquel momento las oyó, eso era cierto. Estaban en el aire y le envolvían como unas extrañas espirales. Le rodeaban como le rodean a uno las espirales de la niebla. Le atenazaban como si le apretaran la garganta con un dogal de miedo.

Poco a poco, las carcajadas cesaron.

El silencio pesado, expectante, también pareció volverse del color de las luces amarillas.

Nat Temple intentó huir, pero ya no pudo. Quedó tenso, jadeante, al darse cuenta de que alguien acababa de cerrar la puerta.

CAPÍTULO II

Minutos más tarde, cuando quiso recordar aquello, a Nat Temple le pareció que acababa de surgir de una especie de sueño hipnótico. No le cupo duda de que acababa de cerrarse la puerta, pero aquello también pudo ser debido a una ráfaga de viento. Con paso vacilante se alejó de allí un par de yardas y trató de forzar la cerradura. La muy maldita se resistió, a pesar de que no parecía haber intervenido allí ninguna llave. Temple, encerrado con el muerto, sudaba angustiosamente y por un instante estuvo a punto de chillar de horror.

Por fin, la puerta cedió.

Se produjo un chasquido y Temple se encontró de nuevo en la sala donde estaban expuestos los libros y revistas, sala en la que podía haber entrado alguien desde la calle para tratar de encerrarle allí. Pero no se distinguía a nadie. Más allá de los cristales se adivinaba que seguía flotando la niebla.

Nat Temple miró de nuevo lo expuesto allí, quizá porque no sabía dónde mirar. Notó entonces que allí había algo anormal, algo que no cuadraba. Lo que no pudo asegurar es si aquello estaba así cuando él entró o había pasado luego, mientras él estaba al fondo del establecimiento con la divertida compañía del muerto.

Los estantes estaban divididos por materias, y así cada cliente sabía lo que podía buscar. Una importante sección estaba dedicada a señoras solas, y otra más pequeña y sórdida a tíos feos del sexo opuesto. Pero también había otra que se llamaba *teenagers*, es decir, de chicas jovencitas. La corrupción en este sentido ha llegado a que algunos «entendidos» aprecien más que nada los atractivos físicos de las chicas que están terminando el bachillerato. Pero Nat sabía que a los clientes se les da gato por liebre. La mayor parte de las

ninfas que posan para esas fotos llevan peluca, se maquillan hasta los huesos, ponen los ojos en blanco para simular inocencia y dibujan en sus labios una boquita de piñón, pero en realidad son provectas señoras que ya suelen preguntar por el seguro de vejez en las ventanillas de los Montepíos. Hasta aquí todo hubiera sido más o menos normal.

Pero lo curioso era que una colección completa de aquellas fotos faltaba. Había sido arrancada del estante. No sólo estaba el lugar vacío, sino que la numeración saltaba del tres al cinco.

Nat Temple se secó las gotitas de sudor que empezaban a resbalar por su cara.

Estaba metido en un lío de grueso calibre y no sabía qué hacer. Si en Londres existían dos periódicos serios, lo que se dice serios, eran el *Times* y el *Commerce Monitor*. El hecho de que un redactor de este último se viera envuelto en un asunto de sangre, de horror y de sexo podía acarrearle el despido. Y ya no es tan fácil encontrar trabajo en las dependencias de Fleet Street. Un redactor del *Daily Mail*, periódico que dedica gran espacio a la sección de sucesos, hubiese sido feliz allí. En cambio, Nat Temple se sentía invadido por el horror.

Se acercó a la puerta.

Vio que no había nadie en la calle.

Sobre los coches aparcados, sobre las aceras vacías, entre el silencio, seguía flotando la niebla.

Puesto que nadie le había visto, era mejor largarse. Cierto que estaba la pista de su coche estacionado allí cerca, pero su coche era como tantos otros. Volvió sobre sus pasos, frotó con un pañuelo todas las partes metálicas que hubiera podido tocar y se cercioró de que sus zapatos estaban secos y no habían dejado huellas. Luego se esfumó como una sombra, igual que si él fuese el propio asesino.

Diez minutos después, había atravesado aquella zona de Croydon y estaba de nuevo en la adormecida redacción del *Commerce Monitor*. Se oía abajo el «run-run» de la rotativa que ya empezaba a hacer las pruebas para el tiraje, aunque al parecer se le rompía con frecuencia la bobina de papel. Nat Temple se dispuso a dar por terminada su guardia.

Sacó una botella de *whisky* del cajón de un compañero y se atizó

un trago capaz de marear a un buey.

Desde el archivo, una vocecita llamó:

—Eh, patrón…

—¿Qué pasa, chico? ¿Todavía estás ahí?

—¡Sí, pero es a la fuerza! ¡No puedo salir! ¡Ayúdeme, patrón! ¡Se me ha enganchado la camiseta debajo de la mesa!

Mientras Temple le ayudaba a liberarse, el chico gruñó:

—¡Reclamaré al sindicato! ¡Llevo hechas al menos dos horas extraordinarias por culpa de esto!

CAPÍTULO III

Ya a la mañana siguiente, Nat Temple intentó ver la situación con más calma. Lo primero que hizo fue conectar el boletín de noticias de la radio para saber si daban alguna sobre el descubrimiento del crimen en
Nathaniel's
Road.

Como no podía ser menos, resultó que del hecho ya tenía conocimiento la policía.

Algunos clientes de los que tenía el establecimiento de Belmar debían ser muy madrugadores. Un par de ellos debieron ir a buscar «mercancía» para soñar durante el fin de semana, y se encontraron con la piscina de sangre. Mareados y a punto de sacar la primera papilla, habían tenido que ser asistidos en una clínica próxima. A consecuencia de eso, la policía sabía del mejunje todo lo que se puede saber.

Y que no era gran cosa.

Según el boletín de noticias de la radio, estaban enterados de los mismos horrores de que estaba enterado Nat.

Pero éste sabía algo más, porque era el último que había hablado con Belmar cuando Belmar aún palpitaba sobre la tierra. Conocía un dato importante, que eran sus postreras palabras. De modo que se duchó, se afeitó, se puso su mejor traje y fue en línea recta al colegio Siverley.

Este se hallaba en las afueras de Londres.

Como ciudad que ha guardado un equilibrio entre edificación y zona verde, los alrededores de la gran urbe son auténticos jardines. Existen incluso bosques donde parece que los hombres apenas penetren nunca. Y detrás de uno de esos bosques estaba el colegio

de Siverley. Daba una sensación casi irreal encontrarlo allí, al final del gran parque, como si de pronto hubiese surgido de la nada.

Nat Temple detuvo el coche, sintiendo algo muy parecido al asombro.

Estaba en un magnífico lugar, uno de esos centros llenos de señorío donde se educaban los hijos de los nobles de otro tiempo, y donde hoy se educan los hijos de los aristócratas del dinero. Sin embargo, aquel sitio tenía algo especial, algo que le intranquilizaba a uno sin que supiera por qué. Daba la sensación de que dentro de aquel bosque el aire era distinto. Daba la sensación de que el edificio estaba completamente deshabitado, pese a lo cual alguien acechaba desde las ventanas. Donde Nat esperaba oír las risas de las muchachas, no captó más que el silencio. Donde esperaba ver unos campos de baloncesto y de balonvolea con chicas jugando, no veía más que unos prados solitarios y un lago siniestro en el que flotaban los nenúfares.

De todos modos, avanzó. La puerta del edificio estaba abierta y en sus cristales esmerilados se leía en caracteres góticos: «Prívate College». Aquello no debía haberse tocado desde la época victoriana. El joven empujó la puerta y se encontró en una nave inmensa, parecida a la de un templo, donde el silencio era tan agobiante que parecía respirarse. Daba la sensación de que allí no había puesto nunca los pies nadie desde la época ya tan lejana de la fundación del colegio.

Sin embargo, Nat oyó unos pasos a su espalda.

Fue como un susurro.

Y como una leve y extraña risita.

Nat Temple hubiese jurado que era la misma risita que había oído la noche anterior en el sórdido establecimiento de Belmar, un sitio tan distinto del que ahora visitaba. Tan seguro estaba que se volvió sobresaltado mientras preparaba los puños.

Unos ojos penetrantes se posaron en él.

Unos dientes largos y amarillos le fueron mostrados en una sonrisa.

—¿Qué pasa, señor? —preguntó la voz—. ¿Le he sobresaltado?

Nat Temple se dio cuenta, con sorpresa, de que el hombre que le hablaba era un oriental. Podía ser indio o pakistaní (él no llegaba a distinguir tanto) y vestía con arreglo a una moda muy correcta.

Como encargado de recepción en un hotel de Bengala, hubiese resultado perfecto.

Pero había algo en él que repelía, algo que podían ser sus ojos ardientes o su boca descuidada, donde sus dientes amarillos tenían un fulgor siniestro.

El oriental repitió:

—¿Le he asustado, señor?

—Oh, no… Perdone, pero creí que aquí había mucha más gente.

—Ahora hay una especie de vacaciones, señor. ¿Quién es usted?

—Me llamo Nat Temple y soy periodista. Trabajo en el *Commerce Monitor*.

—¿A quién desea ver?

—Me gustaría hablar con el director del establecimiento.

—No creo que el director conceda entrevistas, señor Temple, a pesar de que el periódico de usted es muy honorable. Antiguamente este gran colegio se anunciaba en él.

De todos modos, probaremos. ¿Sobre qué quisiera usted preguntarle?

—Sobre algunas alumnas que han estudiado aquí. Pero dígale que no es una entrevista, sino más bien una conversación. Es muy posible que no publique nada.

—De acuerdo, señor; se lo diré.

El extraño personaje desapareció. Otra vez Temple tuvo aquella extraña sensación de agobio, como si mil manos invisibles le amenazaran en la soledad en que se encontraba.

El silencio llegó a hacerle una especie de daño físico. Cada vez le atormentaba más aquella impresión de encontrarse en un lugar deshabitado y donde nada era real. Donde muchas cosas ocurren porque sí, como ocurren en los sueños.

El oriental apareció al fin por otra puerta.

—Puede pasar, señor Temple.

El joven entró en un despacho donde todo daba una magnífica sensación de solidez, como en los buenos tiempos del Imperio. Uno esperaba encontrar allí a un caballero con chistera y con solemnes barbas, presentándose como el director del centro. Pero en lugar de eso, Temple vio a otro oriental, un indio de aspecto agradable y todavía joven, que igualmente vestía con arreglo a los más exigentes cánones de la moda de su país. En el turbante que

envolvía su cabeza, había un valioso zafiro. Tendió la mano a Temple y le invitó a sentarse.

—Mi secretario me ha advertido que quería verme —dijo—. Estoy a su disposición, señor Temple, aunque ignoro qué puede querer de mi humilde persona un periódico tan importante como el *Commerce Monitor*.

Nat iba a decirle que el *Commerce Monitor* era un periódico muy poco importante por su tirada, aunque su clientela resultaba muy distinguida. Al igual que el *Wall Street Journal*, lo leía la gente que estaba forrada de oro. Sin embargo, se calló porque ese era un asunto que importaba poco. Empleó unas cuantas fórmulas de cortesía para decir que el colegio era lo bastante importante para que los rotativos se interesaran por él.

—Se lo agradezco, aunque me temo que podré decirle muy pocas cosas. ¿Qué quiere usted preguntarme?

—En primer lugar, qué edad suelen tener sus alumnas.

—Este es un sitio distinguido, señor Temple. Alta nobleza, altos funcionarios… Todos ellos envían a sus hijas a educarse aquí. Personas que tenían grandes intereses en la India han estado vinculadas a este colegio. Debido a ello lo dirijo yo en estos momentos. Pero contestando a su pregunta… Las alumnas suelen tener entre dieciséis y diecinueve años.

«Edad excelente para proporcionar material a según qué fotos», pensó Temple.

Y en seguida preguntó:

—Me parece que hay muy pocas. No se oye ningún ruido. ¿Qué pasa?

El indio sonrió.

—En este momentos estamos efectuando reformas en el establecimiento y hemos adelantado las vacaciones, señor Temple. Prácticamente no hay nadie aquí. Por eso lo encuentra usted tan vacío.

El joven carraspeó.

Como no queriendo dar importancia a su pregunta, dijo:

—¿Ha ocurrido alguna anormalidad últimamente?

—¿Anormalidad?

—Quiero decir si alguna alumna ha desaparecido, por ejemplo.

—Señor Temple, ¿qué clase de interviú es éste?

—No es una interviú, sino una conversación informal. Mejor dicho, una especie de encuesta. Pretendo saber cuál es el grado actual de disciplina en los viejos colegios británicos. A los lectores les interesará saber si la actual crisis de autoridad y de costumbres ha entrado también en ellos.

—Entiendo… Pues no, señor Temple, de aquí no se ha escapado ninguna alumna.

Hubiera sido un caso único e intolerable.

—¿Algún rapto?

—¿Qué?

—Quiero decir si alguna alumna ha sido raptada —murmuró Temple—. Pudo ponerse de acuerdo con su novio, por ejemplo. Y como este lugar es tan solitario…

—No, nunca se ha dado un caso así. Resultaría absurdo. El nivel moral de esta institución es muy alto, señor Temple. Puede ponerlo en su periódico.

El tono de convicción con que hablaba aquel hombre era absoluto. Temple tuvo la sensación de que pisaba un terreno absolutamente movedizo. La voz de Belmar hablándole de raptos en el colegio Siverley debía haber sido la última voz de un loco, aunque… ¿qué loco se arranca los ojos él mismo y se propina treinta puñaladas?

—¿Nunca se ha dado ni siquiera un intento?

—Naturalmente que no.

Temple sonrió. No quería dar en modo alguno la sensación de que él estaba relacionado con el horrible crimen de Nathaniel's Road. Tomó unas notas, fingiendo que trabajaba realmente como periodista, y luego hizo unas cuantas preguntas más, sobre temas muy marginales, para quitar mordiente a las preguntas que había hecho antes. El oriental contestó a todas con la mayor cortesía.

Nat se despidió al fin.

Tenía la sensación de que había perdido el tiempo. Fuese lo que fuere lo que había pasado en Nathaniel's Road, nada tenía que ver con el elegante colegio de Siverley. Por lo tanto, era mejor evaporarse.

El oriental le acompañó hasta la puerta.

—Siento no haber podido darle más datos de interés, señor Temple —dijo—. Este colegio no resulta ahora espectacular, ni mucho menos. Ya ve… En él no hay nadie.

—Lo comprendo —dijo Temple.

Y fue entonces cuando sucedió.

Fue entonces cuando oyeron ambos aquel silbido sobre sus cabezas, aquella especie de gemido del aire, y fue entonces cuando se apartaron maquinalmente porque supieron que algo se les desplomaba encima.

Temple miró hacia arriba mientras se ladeaba.

Fue como una sucesión de horribles *flashes* fotográficos, como una serie electrizante de escenas que entraron en sus ojos igual que rayos.

En primer lugar, la chica que caía desde el piso más alto.

Sus piernas al aire.

La expresión de la muerte.

Algo así como un lejano estertor.

La chica se estrelló a sus pies, justo entre los dos. Quedó espantosamente inmóvil sobre las losas del colegio. Quedó con los brazos tendidos.

Muerta…

Capítulo IV

El oriental quedó tan asombrado ante aquella escena que fue absolutamente incapaz de reaccionar. Estaba más asombrado que el propio Temple. Miró con ojos temblorosos a la chica y balbució:

—Imposible…

Temple musitó:

—¿Qué es esto, señor Valís?

(El director del colegio le había dicho poco antes, durante la entrevista, que se llamaba así).

—Una de las alumnas… Es una de las alumnas…

—¿Desde dónde ha caído?

Antes de que la respuesta llegara a él, Temple miró hacia arriba. Había en la azotea una gran tribuna de piedra desde la cual parecía haberse desplomado la chica. Pero no había nadie allí, como si la víctima se hubiera arrojado al vacío voluntariamente.

—Ha tenido que caer desde la tribuna —dijo Valís—. Pero no hay ningún motivo para que lo haya hecho voluntariamente. Ha tenido que sufrir un vértigo.

—¿Cómo se llamaba?

—Ethel.

El joven miró a sus pies, donde yacía el cuerpo de la chica. Se inclinó, le tomó el pulso por pura rutina y comprobó que no latía. Estaba muerta. La muchacha debía tener unos diecisiete años y era muy bonita. Mejor dicho, lo había sido. Sus líneas eran muy armoniosas. La ropa interior resultaba de cierto gusto antiguo.

—Es espantoso —dijo—. Tan joven…

—Espero que no publique esto en su periódico, señor Temple.

—¿Por qué no?

—Sería un desprestigio para esta institución. La gente podría

suponer que Ethel se ha matado voluntariamente. Espere a que intervenga la policía, y entonces, según lo que resulte de las primeras investigaciones, explíquelo a sus lectores. Pero no se precipite.

Confío en su sentido del honor.

—Mi periódico no está especializado en sucesos —dijo Nat—. Por tanto, puedo guardar silencio unas horas. ¿Quiere que avise a la policía?

—No. Lo haré yo, gracias. Yo soy el director del centro y, por tanto, el que tiene la responsabilidad.

—De acuerdo, pero yo puedo ser un testigo…

—Daré su dirección, señor Temple. Le interrogarán a su debido tiempo.

Valís estaba tan nervioso y parecía tan afectado por aquello que Nat Temple tuvo con él algo parecido a la compasión. No quiso turbarle. Comprendiendo que el oriental quería estar solo, se fue de allí. Ya en el límite de los primeros árboles, cerca de donde había dejado su coche, se volvió para contemplar de nuevo la escena. Y pudo ver que todo estaba igual, exactamente igual, como si aquellos minutos no hubieran pasado. Valís seguía inclinado sobre la muerta, a la que miraba fijamente. Y la muerte descansaba bajo el silencio y los árboles centenarios, como si fuese un objeto más de los que pertenecían al colegio.

Fue justamente entonces cuando Nat Temple tuvo la primera sensación de anormalidad. Fue entonces cuando una especie de lucecita roja se encendió en su cerebro advirtiéndole que algo *no encajaba*.

Era como el que mira un gran cuadro.

Un cuadro perfecto y donde, en apariencia, todo es normal, pero donde hay *algo*, algún detalle que se escapa y que uno presiente, aunque no llega a verlo.

Nat se detuvo.

Necesitaba pensar…

De pronto, sintió clavados en él los ojos del indio. El indio se daba cuenta de que él no se había ido y le miraba fijamente. Había en sus ojos una especie de fosforescencia, una luz inquietante que atravesaba la piel y llegaba hasta los huesos.

Nat volvió la espalda.

No podía soportar aquella mirada.

Puso su «Morris» en marcha sin saber aún qué detalle era aquel que no encajaba, aunque posiblemente el que no encajase fuera él mismo.

Mientras atravesaba el bosque tuvo la sensación de que todo aquello no era real, de que estaba sufriendo una espantosa pesadilla.

CAPÍTULO V

Nat Temple tenía la absoluta seguridad de que la policía no tardaría en buscarle como testigo de aquella muerte. Valís daría su nombre y la dirección del periódico en que trabajaba.

La situación no hacía la menor gracia al joven, aunque pensó que para nada iban a relacionar aquella muerte con la de Nathaniel's Road. De modo que fue al diario antes de la hora convenida y se dispuso a que vinieran a buscarle.

Pero pasó el tiempo.

Nadie venía.

El periódico iba siendo terminado y la redacción iba adquiriendo ese aire macilento de los negocios en liquidación. Porque la verdad es que un periódico es un negocio que nace y se liquida a cada día que pasa.

Ya tenían que haber venido a buscarle cien veces.

Pero nadie venía.

Bob, que estaba en la sección de Bolsa y que entendía de cotizaciones como nadie —pese a lo cual, jamás había logrado invertir diez chelines en una sociedad sin que la sociedad se declarara al día siguiente en bancarrota— se acercó a él y apoyó su voluminosa tripa en el borde de la mesa.

—Pareces preocupado, Nat.

—Hum…

—Por cierto, mira lo que he encontrado en el archivo. Una caja de píldoras anticonceptivas.

—¿Y dónde estaban archivadas?

—En el cajón de «Natalicios».

—A ese chico de las noches habrá que echarle. El periódico no

irá bien ni aumentará de tirada hasta que lo cuelguen en el centro de Trafalgar Square.

—Es lo que digo yo. Por lo menos que ponga las cosas en su sitio. ¿Sabes qué he encontrado, además, en la sección de «Natalicios»?

—¿Qué?

—Los retratos de las personalidades más ilustres que la habían diñado durante el año.

—Pues sí que estamos bien servidos…

Bob le invitó a un cigarro al que, a su vez, le había invitado un jugador de Bolsa que acababa de perder toda su fortuna.

—¿Explota?

—Yo diría que no.

Nat lo encendió y miró a su amigo. Bob se pirraba por las chicas llenitas. Tenía un cuarto lleno de fotos donde una serie de señoritas se dedicaban a demostrar al curioso espectador lo complicado que puede llegar a ser eso de tener un hijo.

—Bob —preguntó Temple—, no te ofendas, pero ¿tú habías sido cliente de una tienda «pomo» que está cerca de aquí, en Nathaniel's Road?

—Sí. He entrado alguna vez. La del tipo al que han asesinado de una forma tan horrible, ¿no?

—Exacto. ¿Tenía enemigos? ¿Era un tipo raro? ¿Qué clase de personas iban a su local?

—Hum… No creo que tuviera más enemigos que tú o yo. En cuanto a su local, lo frecuentaban personas de toda clase, desde viejos verdes a adolescentes. También he visto a chicas. Y hasta a alguna señora casada que quizá buscaba remedios heroicos para ver si su marido se animaba de una vez.

—Pero, ¿nada especial?

—No. ¿Por qué?

—Por nada. Me ha llamado la atención ese crimen, ¿sabes? Simple curiosidad.

Y salió de la redacción.

Ya no podía más.

Necesitaba hablar con la policía.

Pero no del crimen de

Nathaniel's
Road, por supuesto, donde podían involucrarle a él.

Quería hablar de la extraña muerte de la muchacha del Siverley College, suceso en el cual no podían comprometerle aunque quisieran poner las cosas de punta.

De modo que se dirigió de nuevo a la zona del Siverley College, a la sección de Scotland Yard que correspondía a la misma. El sargento de guardia le recibió con la habitual cortesía británica y le dijo que estaban teniendo una noche muy aburrida.

—Pues me extraña. Ha habido una muerte accidental en el Siverley College, en la zona de ustedes —dijo Temple—. ¿Cómo es que no me han llamado aún? Yo soy el testigo.

El sargento bizqueó.

—¿Qué dice? ¿Muerte accidental? ¿Siverley College? ¿Testigo?

—Habrán recibido la denuncia.

—¿Qué denuncia?

—Pues…

De pronto, el joven abrió mucho la boca, dándose cuenta de lo absurdo de la situación.

—Oiga… No me diga que nadie ha denunciado esa muerte.

—¿Y por qué habían de denunciarla? No ha ocurrido nada, que nosotros sepamos, y menos en el Siverley College. Es imposible.

—¿Por qué es imposible?

—Porque no funciona. Está cerrado y vacío.

Nat volvió a abrir la boca y luego la cerró de golpe.

Oyó el chasquido de sus propios dientes.

—¿Qué dice? —barbotó—. Yo he estado allí esta mañana.

—¿Y ha encontrado a alguien?

—Sí. A un indio que era el director. Un elegante indio llamado Valís.

—No conozco al señor Valís, a pesar de que el colegio está en nuestra zona. Por cierto, nunca nos ha dado preocupaciones, ni siquiera cuando funcionaba. Allí iba gente de mucha prosapia, ¿sabe? Gente que nunca se mete en un lío. En fin, ¿quiera que hagamos alguna investigación?

—Se lo agradecería. Estoy dispuesto a ir con dos agentes allí ahora mismo.

El sargento llamó aburridamente a dos hombres de servicio y

puso a disposición de Nat un coche de la policía. Rodaron velozmente hacia los parques que rodean el Siverley College, aunque sin hacer sonar la sirena porque no había necesidad. No se les escapaba nadie. Cuando llegaron a distinguir la negra mole del edificio, Nat se dio cuenta de que no brillaba ni la menor lucecita en él.

—¿De veras está cerrado? —murmuró.

—¡Pues claro!

—¿Hace mucho?

—Unos dos años, aproximadamente.

—¿Por reformas?

—No sé… Pero imagino que esa clase de edificios tan enormes ya no hay quien los mantenga. Sólo adecentarlos ya cuesta un dineral.

Descendieron del coche y lo examinaron todo a la luz de los faros de éste, además de emplear sus linternas. Estaban justamente en el mismo sitio, sobre las mismas losas hacia las que se había precipitado la chica.

Pero no había allí ni la menor mancha de sangre, ni el menor impacto, ni la menor anormalidad. Incluso algunas hojas secas descansaban sobre aquellas losas, aunque las hojas secas podía haberlas situado intencionadamente alguien.

Uno de los policías dijo:

—Bueno, ¿qué sucedió?

El joven explicó a grandes rasgos lo que había pasado. No omitió detalle. Hablaba con la naturalidad del que sabe lo que se dice, y, por lo tanto, los policías le creyeron. Pero no podían disimular a cada nueva fase sus gestos de duda.

—Seguro que aquí no hay nadie —dijo uno de ellos—. Espere.

Y forcejeó con la puerta.

Era la misma que había estado abierta aquella mañana.

Pero ahora estaba cerrada a cal y a canto, como si nadie la hubiera tocado jamás. Al otro lado de los cristales esmerilados acechaban las sombras.

Los policías oprimieron el timbre.

Ni siquiera sonaba.

Llamaron golpeando con los puños.

Nadie contestó.

—Legalmente hemos hecho todo lo que estaba en nuestra mano, señor Temple —dijo al fin uno de ellos—. No podemos forzar esta puerta sin tener una orden judicial de registro, y por lo que vemos, aquí no hay motivo para pedirla. Si quiere usted que volvamos para hacer alguna declaración…

Nat se mordió el labio inferior.

Se daba cuenta de que dudaban de él. Debían estar preguntándose si era un loco o una persona normal, pero que a ratos practicaba el estimulante deporte de ver visiones.

—No, gracias —dijo—. Volvamos.

A cierta distancia de allí, pidió que le dejaran en un cruce donde había una taberna con el pretexto de que necesitaba un trago. Pero en realidad lo que hizo fue volver a pie al colegio de Siverley, una vez el coche de los policías se hubo perdido de vista.

Atravesó el gran parque silencioso, en el que sólo se oían los graznidos de los inquietantes pájaros de la noche.

El edificio tenía el mismo aspecto de minutos antes: silencio, soledad, ventanas cerradas y oscuras… Ni un átomo de vida parecía flotar tras las paredes que aquella misma mañana habían visto planear la muerte.

En verdad, el colegio tenía aspecto de llevar cerrado al menos dos años, pero Temple no estaba dispuesto a admitir que sus sentidos le hubiesen engañado de tal modo.

Aquella misma mañana, él había hablado con el director y con un secretario, de modo que aún tenían que estar allí. O al menos haber dejado algún rastro.

Lo que no se habían atrevido a hacer los policías podía hacerlo él, de modo que forzó la puerta. Se encontró de nuevo en el inmenso vestíbulo que parecía la nave de una iglesia, y avanzó en línea recta hacia el despacho donde había hablado con el hindú. Pero el despacho estaba vacío. Sólo la luz de la luna penetrando por las ventanas iluminaba aquello con resplandores tétricos.

Vio una puerta más allá.

La empujó.

El silencio seguía ahogándole, infundiéndole la sensación de haber entrado en un mundo donde nada era verdad.

Se sintió sobrecogido entonces al entrar en la gran sala que había más allá de la puerta.

Se trataba de una sala enteramente tapizada de rojo y en la que flotaba un suave humo parecido al incienso, pero de olor más penetrante. Tenía el aspecto de un templo para ceremonias privadas, un extraño templo de alguna religión secreta que estaba más allá del tiempo. El único mueble, si es que podía llamarse mueble a aquello, era una figura enteramente negra situada sobre un pedestal. El humo envolvía a aquella figura extraña, sobrecogedora, como si fuese una divinidad de otro mundo, una divinidad de otro planeta.

Nat Temple quedó un momento paralizado por el estupor. No había esperado encontrar aquella especie de sala de ceremonias. La figura negra, sobre todo, le sobrecogió por su absoluta inmovilidad y sus relieves siniestros. Un pesado alfanje descansaba sobre sus rodillas. Los brazos cruzados, color de ébano, descansaban a poca distancia de aquel alfanje como si esperaran un sacrificio sangriento.

Nat lo fue mirando todo con expresión absorta, como si estuviera sumido en un sueño, y al fin se decidió a entrar. Vio que el humo parecido al incienso surgía de un gran pebetero situado a un lado de la sala. Avanzó hacia él. Aquel humo producía un efecto narcotizante y, adormecía poco a poco si uno lo respiraba con insistencia.

Nat Temple no quiso continuar allí.

Supo lo que le esperaba.

Si seguía respirando aquella especie de incienso, acabaría adormecido y sería víctima fácil para cualquiera.

Se dirigió hacia el otro lado de la habitación, pasando cerca de la estatua. En realidad creyó que era una simple imagen forrada de terciopelo negro. Pero cuando pasaba a un par de yardas, los ojos de la imagen se abrieron.

Habían estado cerrados hasta el momento para dar mayor sensación de inmovilidad.

Así, la figura aparecía como algo totalmente negro. Pero de pronto aquellos ojos giraron hacia Nat, mientras en ellos aparecía un fulgor siniestro.

Nat Temple los hubiera podido reconocer caso de verlos. Eran los mismos que le habían recibido aquella mañana cuando entró en el colegio. Eran los del extraño secretario hindú cuyos dientes

también le habían causado aquella sensación tétrica.

Las manos descansaron sobre el alfanje.

Nat aún no lo había visto.

La figura se movió poco a poco, como un gigantesco gato que se despereza, produciendo sólo un levísimo roce de terciopelo. La mano derecha asió el alfanje y lo levantó.

Tenía a Nat de espaldas.

Este había abierto una nueva puerta que estaba un poco más allá.

Y entonces sus ojos se desorbitaron. Porque se hallaba en una auténtica clase, una clase donde se encontraban unas doce muchachas muy bonitas, todas ellas con su uniforme reglamentario. Debían tener unos dieciocho años. El aspecto de la clase parecía enteramente normal.

Sin embargo, había dos cosas extrañas allí, dos cosas que en seguida llamaron la atención de Nat Temple. Una de ellas fue que no hubiese más luz que la de la luna entrando por las ventanas. La otra era el absoluto y pegajoso silencio que imperaba allí.

Una clase con aquel silencio producía una sensación irreal, la sensación de algo que no era de este mundo.

En la pizarra, en pie junto a la tarima, se encontraba el director que habló con él aquella misma mañana. Llevaba el turbante con el zafiro y usaba las mismas ropas de ceremonia, pero ahora su expresión era distinta. Bañada por la luz de la luna, su cara tenía una expresión lejana, irreal. Sus ojos brillaron siniestramente al clavarse en Nat Temple.

—¿Qué hace aquí? —preguntó con suavidad—. ¿Es que no se ha enterado de que ésta es una institución privada?

Nat fue a responder algo.

Pero la figura negra ya estaba tras él.

El alfanje ya se alzaba sobre su cabeza.

Fue la diabólica expresión de los ojos de Valís lo que advirtió a Nat Temple. Aquellos ojos brillaron con tal fulgor y con tal entusiasmo, que Nat se dio cuenta de que estaba ocurriendo algo, y precisamente tras él. Inmediatamente, guiado por un impulso repentino en el que apenas intervino su voluntad, se lanzó hacia la derecha. El alfanje pasó por donde había estado el centro de su cuerpo, rozándole el brazo izquierdo.

Inmediatamente, Nat se dio cuenta del peligro. La figura negra estaba tras él. En aquellos ojos diabólicos supo leer su sentencia de muerte.

Saltó hacia el interior de la clase, pero, cosa extraña, las alumnas no se movieron.

Parecían figuras de cera. Y, sin embargo, no lo eran, porque sus ojos giraron hacia la figura de Nat. Se oyó un sordo rumor, como si fuese un rugido contenido entre ellas.

Valís gritó:

—¡Mátalo!

Había empleado un dialecto hindú, pero Nat creyó entender la palabra. Al menos no podía tener más sentido que aquél. El alfanje voló hacia su cabeza.

La figura completamente vestida de negro era como un dios oriental en movimiento.

Nat comprendió que sólo podía confiar en su agilidad para intentar salvarse. El alfanje de su enemigo era tan largo que él de ningún modo podría acercarse. De modo que voló materialmente a lo largo de la clase, para chocar de cabeza contra una de las ventanas por las que entraba la luz de la luna.

Sintió cómo todo su cráneo retumbaba, pero la ventana cedió. Se encontró de repente fuera, sobre las losas de piedra, sin comprender aún lo que había ocurrido.

Giró sobre sí mismo para esquivar un posible nuevo ataque. Todo el cuerpo le dolía espantosamente, como si se hubiera roto varios huesos, pero comprobó que seguía moviéndose bien. De pronto se encontró resbalando materialmente sobre la hierba del parque.

Volvió a rodearle el silencio.

Nada en el Siverley College se movía.

De no ser por la ventana rota y por las leves heridas en la cabeza, hubiera tenido motivos para pensar que todo había sido un sueño.

Se puso trabajosamente en pie. Por un momento pensó en volver a entrar, pero aquello equivalía a buscar él mismo la muerte. La cabeza le daba vueltas después del terrible impacto, y no se atrevió a plantear de nuevo la pelea. Además, ¿por qué negarlo?, estaba completamente desconcertado. No se atrevía a creer en sus propios

sentidos.

Con paso vacilante atravesó el parque. Llegó al cruce que llevaba a Heatrow y allí se detuvo jadeante. Su cabeza, al menos por fuera, empezaba a recuperarse un poco.

Pero por dentro estaba peor que nunca. Sus pensamientos parecían haberle sumergido en un pedazo del infierno.

Capítulo VI

No podía decirse que al día siguiente, en el periódico, estuviese en plena forma.

Andaba de costado como los cangrejos y tenía la mirada perdida. Cualquiera que le hubiese visto habría pensado: «Este tío tiene la mente en blanco». Y eso mismo fue lo que pensó el director, sobre todo cuando Nat confundió los precios mundiales del café con los precios del plomo, con lo cual resultó que el Banco Mundial tenía que presentar suspensión de pagos en tres días, o quizá en menos.

—¿Qué le pasa? —preguntó—. ¿De pronto ha descubierto que no le gusta su trabajo?

¿Se encuentra mal? ¿Ha leído usted un anuncio de esos que dicen: «Llegue usted más arriba que su jefe en tres semanas»?

Temple negó con la cabeza.

Nada concordaba en sus pensamientos, de modo que había preferido no pensar.

Simulando que ya volvía a encontrarse en plenas facultades, dijo:

—Ha sido una distracción que no entiendo. Perdone, no volverá a ocurrir.

—De todos modos más valdrá que no se dedique hoy a los precios internacionales, ¿sabe? Prepare una biografía del nuevo secretario del Fondo Monetario Internacional, para publicarla mañana. Es menos arriesgado.

Nat comprendió que, por aquel camino, nunca llegaría a ganar dos chelines más de lo que ganaba ahora. Pero el dinero no le preocupaba en este momento en absoluto, de modo que trató de enfrascarse nuevamente en su trabajo.

Fue al archivo.

Lo primero que necesitaba para redactar una biografía del nuevo secretario era una foto.

Llamó:

—¡Fred!

Fred era el titular del archivo, pero como estaba a punto de jubilarse, ya solía dejar las cosas en manos del chico. Pero resultó que ni siquiera Fred estaba aquella tarde. Era el chico el que le sustituía.

Apareció por detrás de un armario.

—Hola, patrón. A mandar.

—¿Dónde has archivado las fotos de las bombas atómicas?

—Atómicas… Atómicas… A ver… Ah, sí. En la «H», naturalmente. En seguida se las encuentro.

—Lárgate de aquí antes de que te mate, chico. Te he hecho esa pregunta para ver si estabas en forma, y veo que lo estás. Deja que busque yo lo que necesito o aquí nos vamos a pasar la tarde.

—¿Qué busca, patrón?

—Todo lo que haya sobre el Fondo Monetario Internacional.

—Allí, en aquel cajón.

Nat fue a abrirlo. Menos mal que el chico había acertado por una vez. En la parte delantera del cajón ponía: «F.M.I.». Al menos era una pista.

Lo abrió.

Y lo primero que vio fue la foto de una señorita con medias negras.

Y a continuación otra que se estaba probando un bikini, pero aún no se había decidido a ponerse ninguna de las dos piezas.

Nat bramó:

—¿Pero qué es esto…?

—Ahí lo pone: «F.M.I.».

—Tendría que ser Fondo Monetario Internacional, ¿no?

El chico se aturulló un poco.

—Perdone, jefe, pero me he confundido. Ese «F.M.I.» significa: «Formidables Mujeres Interesantes». Yo ya me entiendo. Le daré el cajón que usted busca.

—¿Cuál es?

—Aquél donde pone: «A.D.A.».

—¿Y qué significa «A.D.A.»?

—«Asuntos de Asco».

—Tienes el archivo organizado con arreglo a los más formidables métodos científicos, ¿eh?

—El caso es que yo me entiendo, patrón. Ya me dirá dónde archivo a esos tíos. No los iba a poner en la «B» de «Bedettes».

Nat Temple ya no podía más.

Sólo le faltaba el chico para destrozarle del todo los nervios.

Tiró del cajón de «Formidables Mujeres Interesantes» y derramó su contenido por el suelo. Pero, como temía, ni siquiera aquello había sabido el chico archivarlo bien. Junto a señoras pistonudas, había modelos de motos, estadísticas de la producción de trigo en Canadá y una serie completa de fotografías de la Unión Internacional de Fabricantes de Cerillas.

Nat fue a dar un puntapié a todo aquel material.

En contra de lo que era su carácter, estaba que ya no podía más.

Pero de pronto se detuvo.

Balbució:

—Chico…

—¿Qué pasa, patrón? Le ha cambiado la cara. ¿Va a recomendarme para el ascenso?

En efecto, la cara de Nat había cambiado, pero era por otras razones. Sus ojos casi se habían desencajado al ver aquella foto que acababa de salir del fondo del cajón. Era la foto de la cara de una chica muerta.

El texto puesto al pie decía:

«Brutalmente asesinada en Essex».

No había más detalles. Pero estaba la fecha. Y la fecha era de dos años atrás.

Nat balbució:

—Dios santo…

—¿Qué pasa, patrón? ¿Del aumento nada?

—Esa fotografía debiera haber estado en otra sección, supongo.

—Naturalmente, jefe, pero uno no puede estar en todo. Eso de archivar alguna cosa mal, le pasa a cualquiera.

Nat no contestó. Recogió la foto con mano temblorosa y fue a su mesa. Allí contempló con expresión torva la cara de la muchacha a la que había visto caer desde la azotea del Siverley College y que,

sin embargo, llevaba ya dos años muerta cuando él la vio desplomarse a sus pies.

Detrás de la foto había una pequeña explicación: «Patty Sullivan, arrojada desde un coche en marcha. Presentaba dos puñaladas en el corazón. Los motivos del crimen aparecen como inexplicables».

Nat tragó saliva.

Otra vez tenía la horrible sensación de haber entrado por completo en el mundo del absurdo.

Pero aún le faltaba oír lo peor.

Bob había llegado hasta su mesa.

El gordo suspiró:

—Oye, yo conocía a esa chica.

—¿Tú…?

—Sí… Tenía unos dieciocho años. Por lo tanto era una menor. La explotaba una tal Susan Miller.

—¿Susan Miller?

Era la primera vez que Nat oía aquel nombre. Con voz entrecortada, preguntó:

—¿Qué clase de explotación…?

—La ofrecía para posar en ropa interior y todo eso. Hubo gente que sacó bastantes fotos de ella. En los comercios especializados se vendían bien.

—Ya…

—No sé si también la explotó para otras cosas. No quise enterarme. A mí me gustan las mujeres, pero corromper a una chica de dieciocho años no lo hago, aunque antes lo hayan hecho ya otros.

—¿Cuándo la conociste?

—Hará cosa de un año.

Nat sintió vértigo.

Tapó maquinalmente la fecha que había en la foto.

Un año… Eso significaba que cuando Bob la había conocido posando para las fotos «porno», estaba ya muerta.

—¿Seguro que no fue antes? —bisbiseó.

—No, no… Hará un año. ¿Por qué?

—No, por nada. ¿Dónde conociste a Susan Miller?

—Tenía una casa en Harrow… Una casa muy discreta. Supongo que estará en el mismo sitio, en el 218 de Pommercy Street.

Nat Temple guardó la foto.

Ya tenía una pista que no estaba montada en el aire. Al menos ya tenía una dirección.

Se encaminó a la puerta.

Bob musitó:

—Pero oye…, ¿adónde vas?

—A ninguna parte.

Pero cuando estaba en el umbral balbució por entre sus dientes apretados:

—De modo que Susan Miller…

CAPÍTULO VII

En efecto, la casa estaba en un sitio tranquilo y residencial, en las afueras de Londres.

Había que recorrer todo Notting Hill Gate y rodar todavía media hora más para encontrarla. Rodeada de jardín y con una alta tapia, producía el efecto de un lugar aislado de las miradas indiscretas del mundo.

Estaba anocheciendo cuando Nat llegó allí, de modo que aguardó a que las sombras lo cubrieran todo por completo. La iluminación era débil en la zona, porque se trataba de un lugar poco habitado y donde casi todo eran jardines. También la quietud era muy notable; una quietud sólo rota de tarde en tarde por el paso de algún coche cuyos faros rasgaban la penumbra.

Aunque trató de evitarlo, Nat Temple no pudo ocultarse a sí mismo que el edificio tenía un aspecto siniestro. Era casi tan siniestro como el colegio Siverley, e igualmente parecía deshabitado. Por lo tanto se atrevió a saltar la tapia, olvidándose de la puerta.

Eligió un sitio sumido en sombras y trepó ágilmente. Vio que al otro lado se extendía un jardín completamente oscuro. Llegó hasta él y empezó a andar en silencio hasta la casa.

No vio el cuchillo que brillaba tras él.

No pudo ver la sombra que se movía lentamente a su espalda.

*

Cuando estaba a punto de llegar a la puerta del edificio, la sombra saltó. Parecía un gran gato que de pronto pasara al ataque. El cuchillo voló silenciosamente hacia la espalda de Nat Temple.

Fue en ese momento cuando una luz se encendió en la ventana principal del primer piso de la casa. Una sombra que parecía la de una mujer se recortó detrás de las cortinas.

La brusca aparición de una luz ante los ojos, cuando uno camina hundido en tinieblas, siempre produce un sobresalto. Eso fue lo que le ocurrió a Nat, quien se arrojó a un lado temiendo que alguien abriera la ventana y le viese.

No se dio cuenta de que así salvaba su vida.

El cuchillo pasó silbando a su lado, y detrás vino el hombre que lo empuñaba. Era un tipo alto, fuerte, con ojos saltones y cuello de toro. Vestía jersey y pantalón negros, de tal modo que se confundía entre las sombras, pero Nat lo vio. Y vio sobre todo la mirada odiosa de sus ojos.

El tipo podía ser un guardián de la casa, podía ser un asesino profesional o podía ser un maníaco. Nat no se molestó demasiado en averiguarlo. Lo cierto era que el fulano, fuese quien fuese, tenía el caritativo deseo de acabar con él.

Lo vio incorporarse.

No había soltado el cuchillo aún.

Nat tuvo que acordarse de los años que había pasado jugando de zaguero en el equipo de rugby de Brighton. Como el que da un puntapié al balón para alejarlo de la zona de peligro, él dio un puntapié a la cabeza de aquel tipo antes de que volviera a saltar. Le pareció como si estallase, pero supo que no lo había matado. Simplemente lo acababa de dejar K.O., aunque tenía cuenta para más de media hora. De todos modos, Nat se inclinó y despojó de su cinturón a aquel hombre, atándole las manos a la espalda con él.

No había producido el menor ruido.

Silenciosamente se dirigió a la puerta de la casa y la empujó. Una voz femenina preguntó entonces desde dentro:

—He oído ruido… ¿Estás ahí, Peter?

Peter debía ser el tipo que estaba «durmiendo».

Nat entró. Vio la sombra de la mujer ante él. Para que no se le escapara ni diese la alarma, aseguró bien el golpe.

El puñetazo también pareció hacer estallar la cabeza femenina. Ella lanzó un gemido y cayó hacia atrás. Silenciosamente rodó por una alfombra persa al extremo de la cual había un diván de terciopelo rojo.

Nat avanzó.

La sujetó por el vestido, poniéndola en pie. Luego la dejó caer en el diván.

No parecía haber nadie más en la casa.

El silencio era total, sólo roto por los gemidos entrecortados de la mujer y por algunos coches que pasaban más allá del jardín.

El joven encendió una pantalla y la luz se proyectó sobre la mujer. Tuvo la sorpresa de ver que no era la clásica zorra comida por los años y que se dedica a vender a chicas más jóvenes. Susan Miller aún era relativamente bonita. Aún podía despertar las ansias de algunos hombres. Además vestía con cierta elegancia y tenía esa distinción de las mujeres que siempre se han movido en sitios selectos.

Se llevó la derecha al lugar donde había recibido el puñetazo, que aún debía dolerle.

Pero no estaba K.O. ni mucho menos. Con voz velada, preguntó:

—¿Qué tiene que hacer aquí uno de la bofia?

—No soy de la bofia —masculló Temple.

—No te creo… No se me puede acusar de nada actualmente, y además acabas de dar un paso en falso. Esto es allanamiento de morada. Compareceré ante el juez y haré que te acuerdes de esto: vas a tener al menos tres años para poder rascarte la sarna, perro.

Por lo visto Susan Miller era lo que se llama «una chica decidida».

Temple la golpeó otra vez. Ya estaba harto. Los nervios se habían desatado en él y le resultaba muy difícil controlarse. Inmediatamente lamentó haberlo hecho, pero hubo de reconocer que el golpe había sido eficaz. Las últimas ganas de resistir por parte de Susan Miller se desmoronaron.

Balbució:

—¿Quién eres?

Nat no contestó. Señaló con el pulgar hacia atrás.

—Antes vas a decirme quién es el encargado de recibir a las visitas. Nunca había visto a un tío tan amable. Por poco me trinca.

—Una mujer como yo necesita protección, pero le tengo dicho a Peter que no se ponga nervioso. Está loco… Su primera reacción cuando llega la noche es matar. La luna le saca de quicio.

—Pues para portero nocturno no tiene precio… ¿Y por qué una

mujer como tú necesita protección?

Ella bisbiseó:

—Antes dime quién eres.

—Me llamo Nat Temple. Soy periodista.

—¿Y qué vienes a buscar aquí? Ya no me dedico a nada. Estoy completamente retirada de los negocios.

—En cambio, mi periódico nunca se retirará de los negocios. Es un diario para mercachifles. Quiero decir que no nos dedicamos a los sucesos, y que yo no estaría aquí si no me hubieran ocurrido cosas muy extrañas. Por eso vas a tener que contestarme a algunas preguntas si no quieres que te rompa la cara otra vez.

—¿Sabes que estás de un amable que da asco?

Nat Temple no se molestó en contestar.

Extrajo la foto de Patty Sullivan y la arrojó materialmente contra la cara de Susan Miller.

Esta la miró.

Palideció un momento.

Parecía darse cuenta de que estaba metida en un buen lío, pero al final se rehízo. Con una expresión helada y casi despectiva, preguntó:

—¿Cuánto quieres?

—¿Cuánto quiero de qué?

—De dinero, idiota. No va a ser de guantazos.

—¿Por qué he de querer dinero? —masculló Temple, sintiendo que rechinaban sus dientes.

—¿Y por qué otra cosa ibas a estar aquí? ¿Por defender la virtud de una chica que ya está muerta? ¿Por qué te molestó que ella enseñara las piernas? Vamos, hombre, no me digas… Tú estás aquí porque necesitas pasta. Eres, como todos los de tu clase, un muerto de hambre.

Él negó con la cabeza sencillamente.

—Tengo suficiente para vivir —dijo—. Nunca pediría dinero por una cosa así.

Su gesto no fue nada espectacular. Precisamente por su misma sencillez impresionó a Susan Miller. Se dio cuenta de que hablaba con un hombre sincero y sin dobleces. Como no debía estar acostumbrada a tratar con tipos así, pareció impresionada por unos momentos. Pero en seguida se rehízo.

—No quieres dinero… —dijo—. ¿Entonces qué?

—Un poco de información.

—¿Información de qué clase?

—Necesito saber de dónde sacaste a esa muchacha.

—Del colegio Siverley. Pero que conste una cosa. Ya sabía lo que se hacía. No era una niña.

—¿Ya sabía lo que se hacía en qué sentido?

—Lo de las fotos y todo eso.

—¿Tú la pusiste en contacto con gente que publicaba revistas «especializadas»?

—Sí.

—Patty Sullivan debió cobrar bastante…

—No. Sorprendentemente, ella no quiso cobrar. Fui yo la que me llevé todo el negocio.

—Eso de que una chica enseñe sus partes más íntimas por simple afición *amateur* me extraña —dijo Nat Temple.

—Ella era así.

—¿Qué hicisteis luego? ¿Cómo desapareció ella de tu vida?

—Volvió al colegio Siverley. Eso es todo. No volví a verla hasta que me enteré por los periódicos de que alguien la había asesinado. Te juro que digo la verdad.

Ella parecía sincera, pero había que saber hasta qué punto podía uno fiarse de una pájara semejante.

Pat la sujetó por los cabellos y tiró de su cabeza hacia atrás.

Lo hizo sin violencia.

Pero aun así se llevó la peluca.

Fue extraño, fue casi increíble lo que cambió Susan Miller sin aquella peluca que hasta entonces le había cubierto la cabeza. De pronto su aspecto de mujer relativamente joven adquirió una apariencia siniestra. Tenía el cráneo casi pelado y lleno de cicatrices.

Por un momento la visión fue casi horrible, aunque Nat pronto se acostumbró a ella.

Susan Miller se llevó las manos a la cabeza, intentando cubrirse.

Susurró:

—Maldito…

—¿Cómo te hiciste eso?

—Fue un accidente. Me quemé la cabeza y quedé sin pelo. Aun

así salí muy bien librada.

—De acuerdo… Tu aspecto no me importa, aunque he de reconocer que una zorra guapa parece más honrada que una zorra que encima dé asco. Dime si con Patty Sullivan hiciste alguna cosa más.

—¿Alguna cosa más en qué sentido?

—No te hagas la incauta. Quiero saber si la pusiste en contacto con algún hombre que pagara bien por tus servicios.

—Pues…

—No tienes más que dos salidas —gruñó él—. O no contestar, en cuyo casi iré a la policía, o decirme la verdad, en cuyo caso te prometo que lo que averigüe quedará para mí solo, mientras no ponga en peligro con ello la vida de ninguna persona.

—Pues… Sí… En fin, la verdad es que la puse en contacto con un hombre.

—¿Quién?

—Me parece que era un tal Henry Cannon… Las dos fuimos a su casa y luego yo me marché, pero no recuerdo el sitio.

—Haz memoria… Haz memoria o te tragas la peluca, perra.

—Prométeme que no irás con el cuento a la policía. Al fin y al cabo Patty ya está muerta.

—Te lo prometo. Sólo si está en peligro la vida de una persona hablaré. Y yo no soy de los que mienten.

—De acuerdo… Es en una casa de Gandhi Circus. Hay que salir de la ciudad, como si fueras a Newhaven. Supongo que conoces el sitio.

Nat asintió.

Por el momento no quería hacer más allí. Lo que le interesaba era lo que podía haber sucedido con Patty Sullivan. Señaló de nuevo hacia el jardín con el pulgar mientras decía:

—La noche en que haya luna, dile a Peter que se ponga gafas negras para no verla… Si vuelvo a encontrármelo con ese cuchillo de desollar en las manos, se lo clavaré en un sitio que yo sé. Y no le va a hacer ninguna gracia.

Salió.

El «portero nocturno» continuaba K.O. Nat Temple pasó por su lado y avanzó por la oscura calle.

Fue entonces cuando sus pensamientos se serenaron un poco, fue

entonces cuando se dio cuenta de que estaba metido en un mundo de frío horror.

Cuando Susan Miller hizo fotografiar a Patty, ¿era ésta ya una muerta?

¿Y cómo volvió a verla Bob un tiempo después de morir?

¿Y por qué la había visto él precipitarse desde lo alto del colegio Siverley?

La cabeza le daba vueltas.

La calle cargada de penumbra se había llenado para él de inquietantes sombras.

Ahora se daba cuenta de cuál era la cosa extraña, casi incomprensible que había notado al ver caer el cuerpo de la muchacha sobre las losas. Entonces no supo comprender en qué consistía, pero ahora lo veía claro. Un cuerpo, cuando se desploma desde cierta altura sobre unas losas de piedra, siempre se rompe, siempre despide sangre. Con Patty Sullivan no había ocurrido nada de eso. Había quedado intacta, como si fuese un muñeco de cera. Pero no era un muñeco de cera, sino una figura de carne, puesto que él había llegado a tocarla cuando le tomó el pulso.

Todos esos pensamientos hicieron que Nat Temple se sintiese más inmerso que nunca en aquel universo de horror.

Recorrió la calle para entrar en la zona más iluminada de Notting Hill Gate.

No se dio cuenta de que alguien le seguía. En aquel momento podía haberle estado siguiendo el Regimiento de la Guardia con acompañamiento de gaitas y trompetas y él no lo hubiese notado, tan absorto se encontraba.

Fue hacia Gandhi Circus. Su mirada estaba perdida en el vacío mientras avanzaba por Londres.

CAPÍTULO VIII

Gandhi Circus es un sitio tranquilo y recoleto, cerca de la autopista, pero al margen de ella, hundido en una zona de bosques. Tenía aspecto de uno de esos sitios a los que se retiran los jubilados para leer el *Times* y explicar a sus resignados visitantes que ellos tuvieron un antepasado en la guerra de Crimea. Nat llegó allí con los faros del coche apagados y lo estacionó en un lugar sombrío, mientras examinaba las casas de la pequeña plaza. Una de ellas ostentaba en la puerta una placa de brillo mortecino. La placa decía: «W. Cannon».

Allí tenía que vivir el tipo que había mantenido relaciones íntimas con la muchacha. Lo que cabía preguntarse antes de entrar era si vivía solo o no. Temple no podía permitirse el lujo de cometer una imprudencia. Por eso se acercó al pequeño jardín y lo examinó con detalle entre las sombras.

Todo estaba muy descuidado.

Los hierbajos crecían por los rincones. La cancela de la verja, mal engrasada, chirriaba.

Los dos o tres relieves que adornaban el jardín, de estilo Victoriano, estaban cubiertos de suciedad y de polvo. Daba la sensación de que el tal «W. Cannon» estaba de vacaciones dando quizá la vuelta al mundo. En muchísimo tiempo nadie se había acercado allí.

Además había otro síntoma. Una legión de gatos se habían adueñado del jardín, estableciendo allí su pequeño imperio. Un gato gordo y lustroso vigilaba entre la niebla su harén. Todo estaba envuelto en una atmósfera gris e irreal que parecía la atmósfera de una pesadilla.

Nat se dispuso a entrar.

No se veía a nadie en la pequeña plaza.

Era como uno de esos lugares recoletos, tranquilos y un poco siniestros que aparecen en las novelas de Sherlock Holmes.

De pronto el joven oyó unos pasos a su espalda.

Se volvió.

Tuvo la sensación de que hacia él avanzaba un fantasma.

Pero, cosa extraña, no era un fantasma, sino un tipo orondo y satisfecho de la vida. Nat Temple se quedó de piedra al ver aparecer allí a su compañero Bob.

Balbució:

—Pero… pero, ¿qué haces?

Bob tenía esa noche unas facciones distintas.

Resultaban muy extrañas, muy borrosas, como si se confundieran entre la niebla.

—Te he estado siguiendo —musitó.

—¿Tú me has estado siguiendo? ¿Y por qué?

—No quiero que me metas en un lío, Temple. No quiero que publiques nada de eso.

—¿Publicar? ¿Pero qué diablos? ¿Crees que estoy haciendo esto para conseguir un reportaje?

—Además, nuestro periódico no te lo aceptaría, Temple.

—Demasiado lo sé. Lo que interesa a nuestros suscriptores es el precio de la seda en el mercado de Cantón y no los detalles de un crimen.

—Sin embargo, puedes estar pensando en venderlo a una revista sensacionalista. Uno necesita hacerse un nombre, Temple. Demasiado lo sé y lo comprendo. Pero no quiero que me metas en un lío.

—¿Qué lío?

—Verás… Yo había tenido alguna relación con esa mujer a la que acabas de visitar. Con Susan Miller. Ella me proporcionaba chicas.

—Sabía que eras un vividor, Bob, pero no creí que te relacionaras con…

—No estoy para escuchar sermones. Óyeme bien, Temple: tú sabes que la ley inglesa admite toda clase de relaciones entre hombres y mujeres, pagadas o no, mientras no se corrompa a una menor. Si una menor se corrompe ella solita, como ocurre en

muchos sitios, allá ella. Pero sacarla de un colegio y meterla en una habitación cerrada, cobrando un buen precio por ello, es muy distinto.

—¿Es que tú tuviste relación con…, con Patty Sullivan?

—No, con ella no, pero sí con alguna otra muchacha con la que me puso en contacto Susan Miller. No sé si el asunto te interesa demasiado, pero quizá te tranquilizará saber que ninguna de ellas procedía del colegio Siverley. Y si yo fuese un simple ciudadano, la cosa no me importaría demasiado, te lo aseguro. Pero si tú descubres a esa mujer, puede que ella me descubra a mí y a otros. Y entonces me echarían del periódico.

Nat hizo un gesto para tranquilizarle.

—Mira, muchacho, lo que estoy investigando es tan distinto de lo que tú imaginas, que yo creo que gritarías de sorpresa si te lo contase. Pero no tengo tiempo ahora, ¿entiendes? Y no diré nada a nadie, a menos que con ello se ponga en peligro la vida de una persona. ¿Satisfecho?

Volvió la espalda para empujar de nuevo la herrumbrosa cancela.

Pero Bob no estaba seguro ni mucho menos. Sabía que Temple era audaz y había desvelado secretos comerciales muy importantes en beneficio de su periódico. Si encontraba algo de absoluto interés, se iría de la lengua. De modo que tomó la decisión que tiempo antes había pensado que quizá debería tomar.

Movió a espaldas de Nat la barra de hierro que llevaba envuelta en papeles de periódico. Precisamente en las páginas del *Commerce Monitor*, porque así no había tenido que pagarlas.

Nat estaba ya entrando en el silencioso jardín.

Y de pronto vio mil lucecitas dentro mismo de sus ojos. Lanzó un ronco gruñido mientras vacilaba. Un segundo golpe en la nuca le envió a tierra, mientras los gatos se retiraban asustados hacia el fondo de la casa.

Bob temió haberle dado demasiado fuerte.

Pero al comprobar que Temple respiraba con normalidad, se tranquilizó. Arrastrándolo por debajo de los hombros, lo condujo a la zona más apartada del jardín, donde era imposible que le viesen. Luego se acercó a la puerta de la casa.

Sólo quería saber si allí había algo que pudiera comprometerle.

Él no había estado jamás en el sombrío edificio de Gandhi Circus, por supuesto. No sabía quién era aquel misterioso «W. Cannon», pero allí podía encontrarse alguna lista de amistades, alguna dirección o número de teléfono que le comprometiese. Una vez destruidas esas pruebas, si es que existían realmente, telefonearía a Susan Miller para que se alejase por unos días de Londres. Después de eso, Nat Temple se vería obligado a trabajar en el vacío y pronto se le pasaría la «fiebre». Como era un buen muchacho, llegaría a disculparle incluso que le hubiera atacado por la espalda.

Llegó hasta la puerta.

No se escuchaba el menor ruido tras ella.

Seguro que el tal Cannon se encontraba de vacaciones o vivía en otro sitio, mientras esperaba vender la casa. Bajo la puerta se pudrían unos cuantos avisos de cobro, pero no había ningún volante de reclamación, lo cual indicaba que el Banco donde aquel hombre tenía su cuenta corriente había ido pagando las facturas. Bob estaba absolutamente convencido de entrar en una casa vacía.

Forzó la cerradura.

No fue difícil.

La punta de la propia barra de hierro con la que había golpeado a Nat, le sirvió de palanqueta.

Entró.

Cerró a su espalda.

Las tinieblas le recibieron.

Y de pronto Bob tuvo la sensación física del horror, la sensación nauseabunda de la muerte. De pronto se dio cuenta de que había entrado en una tumba. Quieto junto a la puerta, sintiendo un frío horrible en la espalda, giró la cabeza poco a poco, mientras contemplaba aquel universo del Más Allá.

Todo estaba cubierto de polvo.

Desde los rincones, desde la penumbra, le vigilaban los ojos inquietantes de las ratas.

Miles de ruidos furtivos se escuchaban en los escondrijos de la casa, indicando que los insectos habían acabado por apoderarse de ella.

Pero no fue eso lo que llenó de horror a Bob, sino el olor nauseabundo que se desprendía de los muebles, de las paredes: aquel olor nauseabundo que impregnaba el aire. Era un olor a

muerte que le dejó completamente aterrorizado y aturdido.

No supo de dónde sacó el valor necesario para seguir avanzando. El ruido de sus propios pasos le sobresaltó. La luz de la luna atravesaba la niebla lo suficiente para que él lo viese todo como envuelto en penumbra.

Fue más allá de una puerta de cristales esmerilados.

Distinguió la gran sala de estar de la casa.

Y fue allí donde se enfrentó al horror. Vio que el cuerpo de un hombre ya momificado colgaba de la pared, a la que estaba clavado por medio de dos cuchillos que le atravesaban las manos. Pese a que ya faltaba la carne en aquellas manos, los huesos mantenían la suficiente coherencia para sostener el cuerpo, que por otra parte, ya sólo tenía el peso del esqueleto y de las ropas hechas jirones. Restos de carne momificada estaban pegados aún al esqueleto, pero el cadáver ya se encontraba completamente aniquilado, destruido. Si el olor de la putrefacción aún se conservaba era solamente por la casi total falta de ventilación de la casa.

El hombre llevaba unos dos años muerto.

Su agonía debía haber sido horrible.

Clavado materialmente por los cuchillos a los gruesos paneles de madera que cubrían la pared, le había sido imposible moverse mientras se desangraba poco a poco. Las ropas, que aún podía apreciarse habían sido de calidad, indicaban que seguramente se trataba de Cannon, el dueño de la casa.

Bob sintió que se le helaba la sangre.

Acababa de penetrar en una tumba.

Pero lo que más le destrozó los nervios fue el ver que allí no faltaba nada. El móvil del espantoso crimen no había sido el robo. Sencillamente, Bob se encontraba ante un inconcebible asesinato ritual.

Los ruidos furtivos se multiplicaron.

La casa parecía poseída por los espíritus.

Bob supo que tenía los pies en el infierno.

Intentó huir.

Fue a salir de la sala y se equivocó de puerta. Penetró de golpe en una gran habitación, cuyas paredes estaban tapizadas de negro.

Y allí vio el horror.

Allí vio de nuevo la muerte.

Era una muerte obsesionante que le envolvía, que le ahogaba, que avanzaba hacia él con la fuerza de lo implacable.

Intentó gemir, pero ni un soplo de voz partió de su garganta.

Intentó huir, pero las fuerzas le habían abandonado por completo. Las rodillas no le sostenían. Los músculos no obedecían los mandatos de su cerebro.

Contempló con los ojos desencajados cómo aquel horror se aproximaba a él.

Las manos le buscaron.

Notó el aliento de la muerte.

Intentó llegar hasta una de las ventanas, sacando fuerzas de flaqueza, pero ése fue su error. Porque para ello tuvo que resbalar materialmente junto a una de las paredes.

Y entonces se hundió el cuchillo en su mano derecha.

Bob chilló de impotencia y de horror.

Se dio cuenta de que había quedado parcialmente clavado en la pared e intentó liberarse, pero el dolor se lo impidió por completo. Miró con ojos desencajados el cuchillo en el que acababa de quedar ensartado como si fuese una mariposa negra.

Gimió.

Pero aquel gemido lacerante no llegó a atravesar las paredes de la casa.

Unas manos ansiosas sujetaron los dedos de su izquierda. La alzaron. Bob chilló desesperadamente porque supo lo que iba a suceder.

El cuchillo brilló en la penumbra.

Sonó un siniestro «TLAC».

Y Bob quedó ensartado en las gruesas molduras de madera como antes —dos años antes quizá— había quedado ensartado Cannon. Se dio cuenta de cuál iba a ser su destino y gimió de horror.

Intentó desclavarse.

Reunió todas sus fuerzas en un tirón donde le iba la vida.

Pero no pudo. El propio dolor le venció. Estuvo a punto de perder el conocimiento mientras aquellos ojos diabólicos le contemplaban.

De su garganta escapó un gorgoteo.

Sólo pudo balbucir:

—Nooooo…

Hundió la cabeza. Sintió el fluir de su propia sangre.

Y en el silencio de la casa resonó entonces una carcajada lenta, solemne, susurrante, áspera…

CAPÍTULO IX

Cuando Nat Temple recobró el conocimiento, le pareció que estaba en un mundo donde nada era verdad. Por un momento no recordó a qué había venido allí. Las sombras del jardín le rodeaban, mientras los gatos le espiaban desde los rincones y un suave viento hacía mecer las hojas.

Intentó incorporarse, pero volvió a caer.

Le dolía terriblemente la nuca.

Escupió un par de veces y le pareció sentirse mejor. Poco a poco fue recordando, pero aun así, no pudo entender el por qué de la actitud de Bob.

Había sido algo incomprensible.

¿Tan asustado estaba Bob como para atacarle de aquel modo?

Nat se fue recuperando poco a poco, mientras respiraba con ansia. Al fin se puso en pie y avanzó hacia el siniestro edificio. Bob aún tenía que estar allí.

Le obligaría a entrar en razón.

Le haría escupir el por qué de su miedo.

Vio que la puerta había sido forzada y la empujó. Se encontró en el vestíbulo más allá del cual estaba la sala.

También aquel olor nauseabundo salió a recibirle.

También él se dio cuenta de la presencia de la muerte.

Pero conservó los nervios mejor que Bob y siguió avanzando. Penetró entonces en el sitio donde estaba el cadáver de Cannon.

Lo único que pudo balbucir fue:

—Dios santo…

Estaba completamente aterrado.

A pesar de toda su sangre fría, las fuerzas estuvieron a punto de fallarle esta vez.

Giró poco a poco la cabeza.

Le había parecido oír unos pasos que se acercaban a él.

La puerta de la sala en la que Bob se hallaba ensartado en la pared estaba cerrada, por lo cual el joven no pudo verlo. Vio en cambio algo que le dejó paralizado por el estupor, mientras en sus labios se dibujaba un rictus de miedo que no pudo dominar.

Porque vio la cabeza con las cicatrices.

Vio los ojos diabólicos.

Con un soplo de voz apenas pudo decir:

—Susan…

En efecto, Susan Miller estaba allí.

Empuñaba un largo cuchillo.

Sus ojos, obsesionados, no miraban a ninguna parte. Daba la sensación de una muerta que acaba de surgir del Más Allá. Hizo girar la hoja de acerco buscando la garganta de Nat Temple.

Este logró desviarse a tiempo. Chocó contra la pared. Se dio cuenta con horror de que el puñal volvía a moverse, tratando de ensartar una de sus manos.

Movió la pierna derecha.

Sus reflejos funcionaron. Su potencia fue terrible.

Otra vez volvió a convertirse en el zaguero de rugby del Brighton.

La mujer recibió el impacto en el vientre, soltó el cuchillo y vaciló, a punto de caer hacia atrás. Nat pudo haberla golpeado de nuevo, pero ahora Susan Miller estaba indefensa y le dio vergüenza atacarla otra vez. De un empujón la derribó al suelo, mientras miraba hacia las ventanas.

Necesitaba huir de allí.

Necesitaba escapar como fuese.

No era la primera vez que rompía una ventana con la cabeza, de modo que ya empezaba a tener un cierto entrenamiento. Saltó con todas sus fuerzas mientras pensaba que él solo ya no podía resolver aquel diabólico problema. Tenía que avisar cuanto antes a la policía.

El impacto le dejó medio aturdido. Rodó por la hierba del jardín.

Los faros de un coche rasgaron la niebla de la plaza, pero nadie llegó a verle.

Nat fue hacia la verja.

Todo daba vueltas en tomo suyo.

No llegó a oír aquella carcajada casi silenciosa, lenta, corrosiva que sonaba en el interior de la casa…

CAPÍTULO X

La estación de Policía tenía ese aire macilento, turbio, medio muerto de asco que tienen los establecimientos oficiales cuando ha caído la noche. Los agentes de servicio, como no había trabajo, sorbían innumerables tazas de té, mientras jugaban a los naipes, pero sin apostar. El jefe dormitaba junto a su mesa mientras daba vueltas en sus dedos a una cajetilla de «Navy Cut». La bombilla del característico farol azul tintineaba como si fuera a fundirse.

Todo esto lo vio en parte y en parte lo adivinó Nat, mientras avanzaba guiado por el tintineo de aquel farol azul. Se detuvo ante la puerta y respiró hondamente como si necesitara recuperar energías.

Y era verdad.

Sus nervios vibraban tanto que habían estado a punto de traicionarle.

Fue a pisar el umbral y de pronto se detuvo. Sintió un cosquilleo en el interior. Iba a dar el paso decisivo, pero no lo dio.

Y la razón era sencilla. La razón se resumía en un solo nombre, por extraño que pareciese: Bob.

Si él hablaba de aquello, tendría que denunciar a Bob, porque las señales de la agresión estaban muy claras en su cabeza, y la policía le haría preguntas. De allí podía surgir el mal nombre para su compañero y el despido fulminante. En cuanto él empezase a poner en marcha los acontecimientos con su denuncia, ya no podría frenarlos.

Fue eso lo que detuvo a Nat Temple. Porque Nat Temple era, fundamentalmente, un buen amigo. Jamás había hecho daño a nadie que trabajase con él. Antes de dar un paso que pudiera perjudicar a alguien, lo pensaba tres veces.

Además ya no podía devolver la vida al tal Cannon, de modo que no había por qué darse prisa. Tampoco era fácil que Susan Miller, la culpable, escapara del país. Susan Miller era un auténtico monstruo, pero el asunto podía esperar hasta el día siguiente.

Podía esperar a que él hablase con Bob.

No guardaba resentimiento contra él pese a los golpes recibidos.

Comprendía que todo había sido debido a que Bob estaba al borde mismo del pánico.

De modo que retrocedió, cuando ya estaba a punto de atravesar el umbral de la estación de Policía. El agente que estaba de guardia en la puerta le preguntó:

—¿Deseaba algo, señor?

—No… No, muchas gracias.

Volvió con pasos maquinales al periódico, confiando en que allí estaría ya Bob. Si hablaban aquella misma noche, aún podrían dejar resuelto el asunto sin perjuicio para nadie. Entró en el vestíbulo del *Commerce Monitor*, cuyo conserje de noche dormitaba en la garita sin enterarse de nada. Podían haber entrado diez mil chinos de Mao Tse Tung incorporando el periódico a la Revolución Cultural, y a él «plim».

En el local destinado a redacción sólo se encontraba un taquígrafo y el redactor que estaba de guardia aquella noche. Como es sana y honrada costumbre en todas las redacciones del mundo, el tío se había dormido leyendo un diario de la competencia.

Nat se dirigió al archivo y vio que el chico se iba a meter solapadamente debajo de una de las mesas.

—Eh, tú…

—Ho…, Ho… ¡Hola, patrón! ¡Qué sorpresa!

—¿Otra vez tu novia?

—No. Es que no sé dónde he dejado el sobre con la paga. Seguro que lo he olvidado en un sitio que yo sé. ¡Como me paso la vida ahí debajo!

—Seguro que lo has archivado.

—Hombre, tal vez sí… Me ha dado una idea, patrón.

Y buscó presurosamente en el cajón señalado con la letra «O».

Nat susurró:

—¿Pero dónde buscas?

—Pues en el único sitio donde podría haberlo archivado. En

«Onorarios».

—Yo de ti buscaría en la «H».

—Ah, sí… Tiene razón, patrón. También puedo haberlo archivado en «Hindecencia». Porque hay que ver lo que nos pagan, ¿eh? ¿Usted cree que hay derecho? Después de hacerle pasar a uno por una prueba de aptitud y todas esas cosas.

Nat prefirió no discutir más.

Abrió una puerta y metió la cabeza bajo el grifo del lavabo que había junto al archivo. Si seguía discutiendo con el chico cometería un crimen con alevosía y encima con nocturnidad, porque ya eran más de las dos de la madrugada.

El eficaz encargado del archivo vino hacia él con gesto solícito.

—Patrón, ¿le han atizado?

—Hum…

—Yo le recomendaría que no fuera con chicas modernas. Con eso de la igualdad de sexos, le pegan cada guantazo a uno que lo desmontan.

—No he ido con ninguna chica, animal. Vamos a ver, dame una toalla…

El chico se la pasó. Nat se secó la cara mientras refunfuñaba:

—Mira a ver si tenemos algo archivado de una tal Susan Miller. Dame todo lo que haya de ella.

El chico empezó a buscar en el cajón correspondiente. Durante un rato trajinó y al fin se volvió con una foto.

—De Susan Miller no tengo nada, pero en cambio tengo una foto de aquella estupenda actriz chinita. De Suzy Wong.

—Pues trágatela de una vez. Oye…, ¿has pensado en pedir vacaciones extras para que alguien pueda reorganizar ese archivo mientras tanto? Seguro que te las daban.

—Es una idea, patrón. Mire… Usted se acuerda de Sylvie, ¿no?

—Claro que me acuerdo.

—Pues también la tenía archivada ahí. Qué expresión tan dulce… Lo de prisa que ha pasado el tiempo, ¿verdad?

Nat Temple contempló la fotografía que el chico le entregaba. No pudo evitar que una expresión de lejana nostalgia asomara a sus ojos. Sylvie le miraba desde el fondo del pasado con la misma luz que había tenido en aquel tiempo, cuando se presentó pidiendo trabajo en el *Commerce Monitor*. La luz un poco ingenua de su

mirada era la misma. La suave sonrisa de sus labios, una sonrisa misteriosa, parecida a la de la Gioconda, diríase que estaba saliendo de la foto para flotar en el aire.

El chico susurró:

—No servía para gran cosa, ¿eh?

—No… Era lista, pero le faltaba mucha experiencia. Cuando empezó a confundir el Club de los 10 con el Club Atómico, todo se fue al diablo.

—Triste para usted, tener que decirle que la prueba no había dado resultado, ¿verdad?

Que no servía.

—Sí, fue un momento muy triste… Sylvie era una gran persona. ¿Qué habrá sido de ella?

—¡Cualquiera sabe…! En fin, alguien se habrá encargado de enseñarle lo que aún no sabía. ¡Con las piernas que tenía la tiorra…!

—Mira, chico, lárgate de aquí o te parto la cara.

El joven volvió a la redacción, sintiendo que disminuía el dolor en su nuca. Era extraño, pero el simple recuerdo de la mirada dulce de Sylvie —y de las piernas de Sylvie, todo hay que decirlo— había contribuido a aliviarle. Recogió un paquete de cigarrillos que alguien había dejado sobre una mesa y pasó una mirada desolada por la gran habitación donde un día flotó el hálito de aquella presencia femenina ahora tan lejana.

¿Lejana?

Nat parpadeó.

Le pareció estar soñando.

La misma sonrisa suave parecida a la de la Gioconda. Las mismas piernas cruzadas y tentadoras. Las mismas caderas de diosa. La misma cintura cimbreante.

Sylvie musitó:

—¿Sorprendido?

Claro que lo estaba. Nat Temple había quedado materialmente sin habla. Mientras se acercaba a Sylvie y le tendía la mano susurró:

—Pero ¿cómo has vuelto a Londres después de tanto tiempo? Y sin decir nada…

—No es tanto tiempo, al fin y al cabo. Dieciocho meses.

—Pues parece como si fuera una eternidad… Es extraño lo que

me ha ocurrido contigo.

—Realmente —en ese momento, Nat no sabía qué decir—. Me ha parecido como si, desde que te fuiste, el tiempo se hubiera hecho interminable…

Y en seguida añadió, mientras se sentaba a su lado:

—¿Conseguiste trabajo?

—He estado en Edimburgo, en un diario comarcal de ésos en los que hay que hacer de todo. Y he aprendido muchas cosas, no creas… Ya no soy la chica inútil que vino aquí sin saber dónde tenía la mano derecha.

—Podías haberme escrito, Sylvie. Te lo hubiese agradecido. Hasta temí que estuvieras resentida conmigo porque yo fui el que… En fin, fui el que tuvo que decirte que la prueba para trabajar en este periódico había resultado mal.

—Tenías más razón que un santo, Nat. En aquella época, yo no sabía hacer nada. Y encima me lo dijiste con gran delicadeza.

Tendió la mano y depositó sobre la mesa un pequeño fajo de billetes. Había allí exactamente cien libras.

—He venido expresamente para esto, Nat —susurró.

—¿Para qué…?

—Quería devolverte el préstamo que me hiciste. Sin ti no hubiera salido del apuro terrible en que me hallaba metida. No hubiese llegado ni a Edimburgo. Y no pongas esa cara para aceptarlo, Nat. Al fin y al cabo, el dinero es tuyo.

—Es que…

—Vamos, Nat. Entre compañeros, el dinero se devuelve.

Él sonrió.

Palmeó el dinero en su mano izquierda mientras susurraba:

—Voy a dar un buen destino a estos fondos del Mercado Común, Sylvie. Te invito a almorzar mañana en el sitio más lujoso de Londres.

—No malgastes el dinero, Nat. Me conformo con una jarra de cerveza y un bocadillo en un *pub* ajetreado y maloliente de Fleet Street. Siempre soñé con trabajar en Fleet Street, ¿sabes? Lo malo es que no llega allí el que quiere.

Nat cabeceó.

Contempló con los ojos entornados la redacción mezquina y más bien sórdida del *Commerce Monitor*. Aquello no era Fleet Street,

desde luego. No era la calle de los grandes rotativos de Londres, que se venden en el mundo entero. Él, como la muchacha, también tenía a veces clavada en el alma aquella tristeza.

—Está bien —dijo—. Un *pub* maloliente y ajetreado a la hora en que los últimos redactores salen de los periódicos.

Los dos rieron.

Se estrecharon las manos en señal de complicidad sin darse cuenta.

—Estoy de vacaciones en Londres —murmuró Sylvie—. No es la época del año en que suelen hacerse, pero una redactora novata no puede elegir. Te llamaré aquí más o menos a esta hora, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Nat Temple.

Se sentía infinitamente aliviado. La presencia de la muchacha parecía haber traído a su vida un esquive rayo de luz. Ya no le dolía la nuca ni se acordaba de los horrores últimamente vividos ni pensaba en el muerto de la casa de Gandhi Circus. Era como si la vida hubiera empezado otra vez.

La acompañó hasta la puerta y se despidieron. El redactor que estaba de guardia abrió un momento los ojos y dijo:

—Pistonudas piernas. Me he dado un lote.

Y volvió a fingir que estaba dormido. Mejor dicho, esta vez se durmió de verdad.

Nat fue al despacho del redactor jefe, que debía estar vacío. A aquellas horas, el redactor jefe solía pegar en imprenta la última bronca de la jornada. Empujó la puerta de cristales esmerilados y vio que ante la mesa había alguien.

Con un soplo de voz, Nat Temple dijo, agradablemente sorprendido:

—Bob…

CAPÍTULO XI

Bob giró la cabeza. Se había metido en aquel despacho que no era el suyo porque parecía buscar unos papeles. Sus ojos extrañamente vacíos se clavaron en la figura de su compañero. Sonrió.

—No creí que fueses a volver a la redacción —dijo.

—Ni yo que volvieras tú, Bob.

—Estaba buscando la documentación para un artículo que tengo que escribir la semana que viene. Supongo que ese tío cerdo la habrá dejado por aquí… Un artículo sobre las perspectivas industriales del Gabón. Menuda lata.

Nat extrajo un paquete de cigarrillos. Pero se dio cuenta de que era Bob él que le estaba invitando a fumar a él.

—Muchacho… —decía.

Nat le dio lumbre.

—¿Qué, Bob?

—Lo siento… De verdad lo siento.

—¿Qué te pasó?

—Tienes derecho a denunciarme a la policía si quieres. La verdad es que no consigo comprenderlo.

—Nadie habla de la policía. Precisamente iba a dirigirme a ella, pero lo he pensado a tiempo. ¿Qué te pasó, Bob? ¿Tan asustado estabas?

—Sí.

—¿Por el posible escándalo?

El otro se retorció las manos.

—Sí. He…, he perdido la cabeza. Me he dado cuenta de que si la cosa empezaba ya no podríamos hacerla terminar.

—Quizá tuvieras razón, Bob, pero hay otros medios para convencer a la gente.

—Antes hablé contigo. Te supliqué.

—Cierto, pero pudiste haberme desnucado con aquellos golpes. Una barra de hierro no es una medicina que le convenga a nadie.

—Estaba totalmente acolchada con papeles de periódicos. Yo sabía que había de tener muy mala suerte para romperte algo.

—Pues la mala suerte he estado a punto de tenerla yo…

Le tendió una carpeta con documentos. Estaba en un ángulo de la mesa, que Bob no había revisado aún.

—Ahí tienes la documentación que buscabas. Lo del Gabón. Un artículo que leerán cuatro personas, contando el corrector, el linotipista, el director y tú. Te va a dar tanta fama mundial que la semana que viene ya serás presidente de la Agencia Reuter.

Bob inclinó la cabeza.

—No te burles, hombre. Encima eso.

Y tendió las manos para recoger la carpeta que le tendía Nat Temple: Este sintió algo así como un pinchazo en el cerebro.

Al principio no supo bien lo que era.

Incluso le pareció haber visto mal.

Pero luego inclinó un poco la cabeza y preguntó, con los ojos entornados, sin comprender aún:

—Bob, ¿qué te has hecho en la mano?

—¿Hacerme? ¿Qué…?

—Parece como si te la hubiesen perforado… Tienes una cicatriz. Incluso da la sensación de que la cicatriz ha sido limpiada y taponada con algo parecido a la cera… ¿Qué diablos es eso?

Bob retiró las manos vivamente. En sus ojos apareció una chispita de irritación.

—No me ha ocurrido nada… Me he pinchado y me han atendido en un dispensario, eso es todo.

—No lo comprendo, Bob… ¿Tú has llegado a entrar en aquella casa? Me refiero al sitio de Gandhi Circus, en el que vivía Cannon.

—No, no he entrado. Después de golpearte a ti me he ido.

—Pues la puerta estaba forzada… ¿No me mientes?

—Te aseguro que no.

—Pues bien, yo he entrado y he visto algo horrible. Cannon había sido asesinado en circunstancias increíbles… Lo habían clavado por las manos a las molduras de madera de una pared, empleando grandes cuchillos. Tenía… Bueno, en los primeros

tiempos debió tener unas cicatrices como la que tienes tú ahora.

—Me parece una explicación de mal gusto —dijo sombríamente Bob—. Si tratabas de animarme, lo has conseguido.

Nat se pasó una mano por la frente…

—Te juro que no lo entiendo… Si tú me lo dices debe ser verdad, pero me parece increíble que me dejases de aquella manera, sin sentido en el jardín, para al fin y al cabo no entrar en la casa. ¿Sabes que allí estaba Susan Miller? ¿Sabes que trató de matarme?

Bob negó con la cabeza. Parecía molesto por el tono de aquella conversación. Tomó la carpeta bajo el brazo y se dirigió hacia la puerta del despacho.

—Más valdrá que olvides todo eso —dijo—. Si te golpeé fue sólo por miedo y en un momento de total ofuscación, pero estoy seguro de que en la casa no había nadie. Yo creo que has tenido algo así como una pesadilla.

Abrió para salir.

—Me voy —dijo—. No creo que al redactor jefe le guste encontrarme aquí cuando vuelva.

Nat quedó con la boca abierta.

Si no le hubieran ocurrido tantas cosas desde que aquello empezó hubiera podido pensar que, en efecto, había sufrido algo así como una momentánea alucinación. Pero después de los episodios vividos, no estaba para creer en alucinaciones. De modo que cuando Bob hubo salido hizo un gesto de preocupación, se puso un cigarrillo en los labios y descolgó el teléfono. Estaba seguro de que dentro de aquel despacho no le molestaría nadie, al menos mientras no volviera el redactor jefe.

Discó uno de los números de Scotland Yard.

Quizá tendría suerte.

Quizá estaría de guardia el inspector Sorensen, en cuya eficacia y en cuya discreción tenía derecho a confiar.

Tuvo suerte.

Sorensen se puso al aparato al cabo de unos segundos.

—¿Qué te pasa, Temple? ¿Algún escándalo comercial en ciernes? ¿Algún chivatazo?

¿Qué es lo que tenéis que decir en el periódico más aburrido del país?

—Necesito que intervengas en algo que no comprendo,

Sorensen.

—Entonces tampoco lo comprenderé yo.

—No he llamado antes a la policía por no perjudicar a un amigo, pero ese amigo tiene ahora una conducta tan extraña que no sé qué pensar. Lo que te digo no es oficial, y según lo que descubras tal vez convenga no divulgarlo; por eso acudo a ti como el que llama a una persona en la que confía, no como el que pide auxilio a la ley. Si puedes acudir unos minutos al periódico tendremos una conversación. Si no voy yo a Scotland Yard es precisamente para que nadie me vea y nadie sepa que he pedido ayuda. Tú serás aquí como un visitante cualquiera de los que llegan por la noche.

—¿Estás en peligro?

—Con franqueza, aún no lo sé. Han tratado de matarme tres veces, pero…

—¿Y aún dudas de que estás en peligro? Diablo, si eso me lo dijera otro no lo creería…

Aguarda unos minutos. Me presentaré ahí como si fuera un inspector que vigila el trabajo nocturno de los menores.

Y colgó.

Nat colgó también.

Flotaba una expresión preocupada en su rostro.

Pero más preocupado hubiera estado caso de saber que otra persona más acababa de colgar el auricular en otro despacho. Bob, que había oído la conversación por un teléfono auxiliar, colgó con la mirada perdida. En sus labios se dibujaba una extraña mueca, una mueca que nadie en el mundo hubiera sabido interpretar.

CAPÍTULO XII

En efecto, el inspector Sorensen se presentó muy poco después. Vino en un coche particular que para nada recordaba los que usa la policía. Dijo que quería ver al redactor de guardia y casi casualmente se tropezó con Nat Temple, quien dijo que ya le atendería él. En realidad, Nat Temple le había estado esperando.

Pasaron a uno de los despachos vacíos. A aquella hora había muchos lugares en los que hablar sin que nadie le molestase a uno. Nat, que tenía guardada una botella de *whisky*, escanció dos vasos. Se había propuesto ser absolutamente sincero y por eso dijo:

—Te lo contaré todo de «pe» a «pa», Sorensen.

A continuación, mientras de vez en cuando bebía un trago, hizo el relato. Lo explicó todo, desde el momento en que le llamó el comerciante llamado Belmar hasta el instante en que pudo escapar de la casa de Cannon, en Gandhi Circus. Lo único que se calló fue lo de Bob, siempre con el deseo de no perjudicarle. Hubo momentos en que tuvo la clara sensación de que Sorensen no le creía, pero al menos el policía no le interrumpió. Cuando Nat concluyó su relato, el otro estaba intensamente pálido.

—Si no fueras tú el que me ha explicado todo eso, no le daría ningún sentido, Nat —dijo Sorensen al fin—. Parece auténticamente una alucinación, pero no lo es. Al menos no lo es en parte, ya que existe un hecho cierto: la muerte de Belmar. Siento que estés metido en eso, Nat, porque en un punto así tu declaración no podré silenciarla. Eres un testigo lo bastante importante para que no lo pasemos por alto.

—Yo vi lo mismo que la policía vería luego. Ni siquiera toqué nada.

—De acuerdo, pero tú fuiste la última persona que oyó hablar a

Belmar, y por lo tanto, tienes que declarar. Aunque de momento dejaremos eso… Dices que notaste algo extraño en el local…

—Sí. Unas cuantas fotos desaparecidas.

Ahora Sorensen tomaba notas, cosa que molestó a Temple, porque así la cosa adquiría un carácter oficial. Pero ya no podía evitarlo.

Musitó:

—Por favor, repítelo todo otra vez.

Nat lo repitió pacientemente. El otro contrastaba su actual declaración con la anterior, que debía recordar perfectamente. Tomaba notas cada vez con más rapidez. Al fin musitó:

—¿Dices que el hindú del Siverley College se llama Valís?

—Por lo menos ése es el nombre que me dio.

—Pues quizá no te ha engañado en eso. A Valís lo conozco. Hace tiempo estuvo establecido en Inglaterra, pero si no recuerdo mal lo expulsaron del país.

—¿Por qué?

—Por ejercicio ilegal de la medicina.

Temple hizo un gesto de extrañeza.

—No hubo nada en él que me hiciese relacionarlo, ni siquiera de lejos, con un médico —dijo—. No empleó la menor palabra que…

—Al hablar de «medicina» me he explicado mal —murmuró Sorensen—. Realmente lo que hacía era practicar algo así como la brujería, la magia…, las supuestas curaciones milagrosas, en una palabra. Ya sabes que hay enfermos incurables a los que es muy fácil engañar y sacarles el dinero, porque para mantener sus esperanzas necesitan creer en cualquier cosa que les propongan. Y, si no los enfermos, los familiares que desean hacerlos revivir. Esa era la clientela de Valís.

—¿Hizo algo extraordinario, algo que se saliera de lo común?

—No creo. Yo no recuerdo exactamente el caso, pero me parece que no hizo nada que llamara especialmente la atención. La verdad es que tampoco hubiera tenido tiempo, porque le echamos el guante en seguida. En cuanto supimos que pretendía curar a los moribundos con métodos de magia lo agarramos y… ¡zas…!, lo expulsamos del país.

Nat encendió un nuevo cigarrillo. Con la mirada perdida en el vacío preguntó:

—¿A qué métodos de magia se dedicaba especialmente?

—Al rito *vudú*.

—¿El de la isla de Haití?

—El de la isla de Haití y de otras islas antillanas, aparte el que se conserva en rincones perdidos de la costa occidental de África. Tú sabes perfectamente en qué consiste, aunque tiene muchas variantes que aquí no podría enumerar. Pero su parte más siniestra es la que se refiere a la nueva vida de los muertos.

—Había oído hablar de eso, pero…

—¿De los *zombies*?

—¿Los *zombies* son los muertos que vuelven a vivir? —susurró Nat.

—Sí. Mediante ritos mágicos. Claro que eso que te digo quizá sea una simple fantasía trasplantada desde las costas de África hace muchos siglos, cuando los galeones de esclavos surcaban el Atlántico rumbo a las Antillas. Pero en Haití el *vudú* tiene vigencia y mucha gente lo considera temible. Según pudimos saber, Valís era algo así como un gran mago dentro de esos ritos. Los había unido a ciertas ceremonias y secretos orientales que él había traído del norte de la India, y en los que posiblemente interviene alguna droga desconocida aún para nosotros. En conjunto, parece que Valís conseguía cosas que nadie más hubiera podido conseguir.

—¿Pero hubo algo concreto?

—No, concreto no, porque ya te he dicho que no le dimos tiempo. Pero por la prisa que algunos médicos titulares se dieron en denunciar el caso, no hay duda de que le tenían miedo. Debía haber hecho algo muy notable cuando nos pidieron en seguida que lo expulsáramos del país.

Nat inclinó la cabeza.

Se sentía terriblemente cansado después de todo lo sucedido en las últimas horas, por lo cual necesitó animarse con otro trago de *whisky*. Al fin susurró:

—¿Qué piensas hacer después de todo lo que te he dicho, Sorensen?

—En primer lugar, necesitaré dar estado oficial a tus declaraciones respecto a la muerte de Belmar, lo cual será un poco molesto para ti. Pero no me daré ninguna prisa especial, por lo cual no te llamarán a declarar hasta mañana. Yo estaré presente en el

interrogatorio. En segundo lugar, iré a hacer una visita en plan particular a ese Siverley College. Si Valís ha encontrado un refugio allí, como es de sospechar, le echaré el guante.

Por el hecho de haber vuelto a entrar ilegalmente en el país no necesito ninguna prueba para encerrarlo. Con su presencia dentro de territorio inglés hay bastante.

Nat Temple asintió.

—Gracias, Sorensen. Después de hablar contigo, me parece como si las cosas fueran distintas.

El policía se puso en pie.

La estrechó la mano y salió.

También él parecía muy cansado. Cuando abandonó el edificio del *Commerce Monitor* y se dirigió hacia el coche que había dejado estacionado a poca distancia, suspiró con alivio. Empezaba a pensar en la cama acogedora y tibia, en la taza de café caliente que bebería viendo amanecer sobre los tejados de Londres, en el momento voluptuoso de cerrar los ojos mientras toda la demás gente se disponía a emprender una nueva jornada, a trajinar, a maldecir, a perseguir los diez chelines del prójimo.

Hizo girar la llave en la cerradura. Fue a abrir la portezuela.

No se dio cuenta de aquellos ojos perdidos que le escrutaban desde las sombras. No llegó a ver aquella mano que avanzaba hacia él.

Ni distinguió el brillo del acero.

Sólo sintió un brusco dolor cuando la hoja se clavó en su nuca, pero hasta aquel dolor pasó en seguida. El mundo entero pareció dar vueltas en torno suyo, con una lentitud exasperante, como en un gigantesco *Carrousel*. Pero antes de que se desplomara, el propio Bob, que acababa de matarlo, lo metió dentro del coche. Luego, él se situó en el asiento del conductor, arrancando con suavidad.

Desde una de las ventanas del *Commerce Monitor*, Nat Temple llegó a ver el coche que se alejaba.

Saludó a su amigo con un gesto, levantando el brazo.

Le respondieron desde la ventanilla.

Pero Nat Temple no supo que era Bob el que lo hacía. No pudo imaginar que Sorensen era ya solamente un cadáver perdido entre las sombras.

CAPÍTULO XIII

Le extrañó a la mañana siguiente no recibir ninguna citación de Scotland Yard, ni siquiera una simple llamada telefónica por parte de Sorensen. No era posible que un asunto tan sucio como el de la muerte de Belmar lo llevaran con aquella calma. Por lo tanto, hacia las diez, extrañado ante tanto silencio, telefoneó a la sección de Scotland Yard en que trabajaba su amigo.

—El inspector Sorensen terminó anoche su guardia para hacer una visita —le informaron—. Luego ya no regresó, porque empezaba su tiempo libre. Es posible que esta mañana venga algo más tarde, aunque ya debiera estar aquí.

—¿No les ha informado de que… de que llevaba un asunto entre manos? —murmuró Temple—. ¿Un asunto importante?

—¿Cuál?

Nat Temple se mordió el labio inferior.

—Perdón —dijo—, ya comprendo que no debí haberlo preguntado. No van ustedes a ir dando explicaciones por teléfono. Disculpe.

Y colgó.

Seguía sin comprender aquel retraso extraordinario por parte de Sorensen. Normalmente, en Scotland Yard, ya debería haber dicho algo.

Estuvo a punto de telefonearle a su apartamento particular, donde vivía solo, pero no se atrevió a inmiscuirse en su vida privada. Acababa de colgar de nuevo el teléfono, que en un gesto impulsivo llegó a descolgar, cuando llamaron a la puerta.

Suspiró con alivio.

Por fin era Sorensen.

El buen amigo, educado en todo, venía a buscarle

personalmente.

El joven abrió la puerta.

—So… —dijo.

Y de pronto quedó helado.

Porque la persona que estaba en el umbral no era Sorensen.

Era nada menos que… Susan Miller.

Ella hizo un gesto decidido y se coló de repente en el apartamento sin pedir permiso.

Nat Temple estaba tan asombrado que no supo ni cortarle el paso. Aunque, después de pensarlo bien, tampoco se lo hubiese cortado, porque le interesaba hablar con ella. De modo que cerró la puerta sin haber reaccionado enteramente aún, mientras la miraba como si ella fuese una aparición.

Podía haber esperado que entrara en su apartamento el mismísimo diablo.

Pero Susan Miller, no. Era una visión infernal y que no tenía sentido. Susan Miller no…

Había intentado matarle la noche anterior y en cambio, ahora… ¿Pero cómo infiernos se atrevía a venir…?

Ella dijo secamente:

—Te ruego que me escuches. No vas a perder nada con eso.

Llevaba de nuevo su peluca, de modo que estaba incluso bonita. Se había vestido perfectamente, y de no haberla visto envuelta la noche anterior en aquel clima de pesadilla, Temple hubiese llegado a pensar que era una mujer atractiva. La miró mientras se sentaba en el diván y cruzaba las piernas. Con voz metálica, pero que no dejaba de resultar agradable, ella pidió:

—Invítame a beber.

A Temple seguía pareciéndole un sueño todo aquello. Abrió el mueble bar y se hizo daño en una mano. Eso le convenció de que no soñaba. Enseñó a Susan una botella de *whisky* y ella asintió, mientras decía:

—Sin hielo. Sin nada.

Temple sirvió dos vasos. Mientras tendía uno de ellos a Susan Miller, bisbiseó:

—Nunca me he encontrado en una situación semejante.

—Lo imagino. Es completamente absurdo que la mujer que ha tratado de asesinar a un hombre venga a verte al día siguiente,

¿verdad?

—Es completamente absurdo todo…

—De acuerdo, pero te conviene borrar esa idea de tu cabeza. No lleva a ninguna parte.

Vamos a hablar como personas sensatas.

—¿Es que aquí hay sensatez…?

—Más de la que parece. Yo no sé lo que te ha ocurrido en otros aspectos, pero en lo que concierne a mi parte de la historia, la conozco perfectamente.

—¿Y qué es lo que pretendes?

—Hacer un trato.

—¿Un trato? ¿Un trato entre tú y yo…?

—No me denuncies a la policía. No digas nada en absoluto de lo que sabes y eso me permitirá salir del país sin complicaciones. No volveré a ser un problema para nadie y menos para ti, te lo juro.

—Muy bien. Supongamos que no hablo con la policía y que tú puedes salir del país.

¿Qué gano con eso?

—Te explicaré diversas cosas que sin duda son cabos sueltos para ti. De ese modo, cuando yo haya salido de Inglaterra y esté en otro país con el que no existan tratados de extradición, podrás contar a la policía toda la historia e incluso escribir un gran reportaje.

No sé si te conviene, pero al fin y al cabo, es un trato.

—¿Y si no acepto?

—Ni tú ni yo ganaremos nada. Yo tendré más problemas para escapar y tú te quedarás sin saber una palabra. Eso será todo.

Nat Temple reflexionó con rapidez. Él era un hombre práctico y al que gustaba buscar las soluciones posibles de las cosas, no las imposibles. Por eso murmuró:

—De acuerdo. Acepto.

—¿Qué tienes interés en saber?

—Ante todo, lo del colegio Siverley.

—Bueno…, ésa es la parte más sencilla de la cuestión. En realidad constituyó mi único delito.

—¿Tu único delito…?

—Sí… Es un sitio muy tranquilo y donde hay pocas chicas. Entonces…

—¿El colegio Siverley no está cerrado?

—Yo no sé si está cerrado o no lo está. El caso es que allí hay unas cuantas chicas.

—Entonces no fue una alucinación.

—Si viste a unas muchachas, no. Existen realmente.

—¿Y Valís?

—Valís es el que dirige aquello.

Nat Temple suspiró con alivio.

Aquello significaba para él más de lo que Susan Miller creía.

Por lo menos le indicaba que en algunas cosas había pisado firme, que no había sufrido ninguna alucinación.

—Dime qué tuviste que ver con eso —dijo.

—Es sencillo: Hay muchachas muy jóvenes y que se mueven por allí sin que nadie las vigile. No se ven maestros, gobernantas, criados, nada… Es tan sencillo secuestrar a una de ellas que me decidí.

—¿Realizaste un secuestro?

—Antes me dedicaba a eso —dijo tranquilamente Susan Miller —. Secuestraba niños.

—¿Cómo? ¿Pero no te inspira repugnancia decir que…?

—Para mí era un negocio como otro cualquiera —dijo ella con la mayor frialdad—. Secuestraba niños, pedía un rescate que no fuese exagerado —porque así los padres preferían no avisar a la policía, y después de cobrar los devolvía sanos y salvos. Todo fue bien hasta que tuve un pequeño accidente.

—¿Un… accidente?

—Unos padres se hicieron los remolones porque no acababan de encontrar el dinero o no sé por qué… El caso fue que yo no cuidé del niño y murió. No fue un acto voluntario.

Fue simple desidia.

Desidia o acto voluntario, el resultado había sido el mismo. Y el acto criminal también.

Nat Temple sintió una invencible náusea ante aquella mujer, una náusea que hasta le impedía seguir mirándola.

—Con eso —continuó ella con la mayor tranquilidad— las cosas se complicaron bastante. Los padres sí que avisaron a la policía esta vez, y entonces Scotland Yard intervino. No me atraparon por milagro. Hube de huir del país y estuve varios años sin pisar

Inglaterra. Si te explico todo eso es para que te des cuenta de que digo la verdad, de que en estos momentos, el mentir, no me sirve de nada.

—Eres el bicho más repugnante que he conocido —dijo Nat—, pero no tengo más remedio que escucharte. Sigue.

—Después de algunos años, volví a Londres y olfateé el panorama. No había demasiadas oportunidades para una mujer decidida como yo, de manera que me moví por los alrededores y entonces descubrí Siverley College.

—¿Secuestraste a una de las chicas?

—Sí.

—Pero ya eran mayorcitas…

—Tú dirás… Dieciocho años. Sorprendentemente, fue fácil. Fue tan increíblemente fácil que yo misma quedé asombrada. Con un engaño vulgar logré llevar a una de ellas al apartamento que había alquilado con nombre falso en el Soho.

—¿Y pediste el rescate?

—Sí, como siempre. Se lo pedí por carta a Valís, que era quien estaba al cuidado de aquel lugar. Tuve la segunda sorpresa cuando me pagó sin chistar y en buena moneda, pese a que la cantidad era algo crecida.

Volvió a beber un sorbo de *whisky* y añadió:

—Eso me hizo comprender que había dado con una mina. Un tipo que no regateaba, que tenía a las chicas sin ninguna vigilancia… A cualquiera le hubiese podido parecer el colmo de la audacia, pero me decidí. Secuestré a otra.

—Parece mentira que tentaras la suerte dos veces…

—Y más mentira parece aún que la cosa me siguiera saliendo perfectamente. No tuve ningún problema. Pedí el rescate y me lo pagaron también. Ese tipo nada en oro. No lo entiendo. Realmente no lo entiendo…

Temple seguía sintiendo que aquella mujer le inspiraba cada vez más repugnancia, pero necesitaba soportar sus explicaciones porque eran el único camino para llegar a la verdad. Con voz velada, preguntó:

—Si tiene tanto dinero, ¿es que trafica en drogas?

—Algo de eso hay. Lo he supuesto desde el primer momento, pero no se trata de drogas vulgares. En todo caso las emplea de un

modo…, ¿cómo decirlo…?, de un modo medicinal. Como el médico que inyecta morfina para aliviar los dolores a un enfermo.

Valís está convencido de ser un gran doctor. Odia a los demás y los trata de charlatanes.

—Ya le expulsaron del país una vez por ejercer ilegalmente la medicina. No me extraña que les guarde rencor. ¿Recibe enfermos en el colegio Siverley?

—No, o al menos yo no lo vi nunca. Claro que los conocimientos que yo tengo de aquel sitio son bastante relativos. Puede decirse que me ganaba la vida en él, pero me parecía absolutamente siniestro… No sé. Aquel sitio tiene *algo*. En fin, como te iba diciendo secuestré a la segunda muchacha y él pagó. Pero yo ya había adivinado un beneficio secundario, un beneficio en el que no había pensado la primera vez.

—¿Cuál?

—Antes del accidente que me afectó la piel del cráneo —dijo ella—, yo era bastante bonita, e incluso con peluca lo sigo siendo. En Dinamarca trabajé como modelo para ediciones «porno». Hay bastantes cuadernillos de señoras y señores en los que aparece mi cara y algo más que mi cara.

—Vaya… No te falta detalle…

Ella no se afectó en absoluto. Su cinismo tenía la ventaja de que la impulsaba a decir la verdad, pues Temple no la había pillado en la menor contradicción en relación con lo que él ya sabía. Con la mayor desenvoltura, continuó:

—En resumen, sé cuándo una chica tiene *sexy*, y la segunda que secuestré lo tenía.

Casualmente uno de los antiguos *agentes artísticos* me llamó por si quería volver a posar.

Tuve una idea y le pedí una elevada suma por una cara y un cuerpo absolutamente nuevos, por una jovencita auténtica, ante la cual, la gente se derretiría. El tío me la pagó.

—Pero eso era arriesgado… Tenías que sacar a la muchacha de tu escondite. Tenías que exhibirla ante los fotógrafos, los maquilladores y los fulanos que formaban pareja con ella… Hubiese bastado una palabra para que todo el mundo supiera que la tenías retenida a la fuerza.

—Cierto, pero había que conocer a aquella chica para darse

cuenta de la situación. Era lo más dócil que había. Algo increíble. Le decías: «Haz esto», y lo hacía. Le ordenabas: «Estate quieta», y se estaba quieta. Yo supe que me la jugaba, pero confiaba en que no hablaría y no habló.

Nat se pasó una mano por la boca.

Seguía sintiendo asombro y náusea ante todo aquello. Pero no le cabía ninguna duda de que Susan Miller decía la verdad, de modo que invitó:

—Sigue…

—No sólo me aproveché de eso. Mientras esperaba la respuesta de Valís, al que no había metido ninguna prisa, me di cuenta de que podía seguir explotando la mina.

Conocía a un tipo bastante cerdo llamado Cannon. Pagaba muy bien si le proporcionaban alguna cosa nueva, y supuse que la chica le gustaría. De modo que se la llevé.

Temple barbotó:

—Eres una…, una…

—Ya sé lo que soy, y me lo han dicho demasiadas veces, de modo que no creas que voy a asustarme por eso. En resumen, cobré al contado. Le dejé la chica y quedé en ir a recogerla al día siguiente, aún a riesgo de que ella se fuese de la lengua. Pero la sorpresa fue mayúscula cuando la misma muchacha vino. Se presentó en el Soho como si tal cosa, como si aquella fuera su casa. Me quedé alelada. Resultaba que yo tenía algo así como una esclava, una gallina de los huevos de oro. Hasta me supo mal cuando Valís me contestó que iba a pagar el rescate, porque me hubiera gustado tenerla más tiempo. Pero en este «trabajo» la «seriedad» es lo principal, de modo que se la devolví en el sitio convenido. Tampoco había avisado a la policía.

—Es sorprendente. Ya era el segundo secuestro… Claro que si él estaba ilegalmente en el país, puede que no le conviniese dar la cara y…

—Pudo haber hecho la denuncia por medio de otra persona. En fin, lo cierto es que no se movió en absoluto. Cobré y me largué. Desde entonces he esperado la oportunidad de secuestrar a otra de las muchachas, pero él ha redoblado la vigilancia. Ya no es tan fácil.

—Hubiera sido demasiada suerte repetirlo tres veces, ¿no?

—Tal como marchaban antes las cosas, no lo creas. A esas chicas

basta con hacerles una seña para que te sigan.

—Creo que me has dicho la verdad, pero hay algo que me preocupa bastante más, cochina Susan Miller.

—Puedes ahorrarte lo de «cochina». ¿Qué pasa?

—En primer lugar lo de la muerte de Belmar, el que tenía aquella tienda. ¿Fue de los que compraron las fotos?

—Sí.

—Hum…

—¿Qué más te preocupa?

—La muerte de Cannon. Tú intentaste matarme anoche en su casa. En estas circunstancias, parece mentira que estemos hablando tan tranquilos, como si nada hubiera sucedido, pero han pasado otras cosas peores y las he soportado. ¿Viste el cuerpo de Cannon? ¿Te diste cuenta de la horrible muerte que había sufrido?

Los ojos de la mujer se ensombrecieron.

—Sí —musitó—. Sí… Por eso he venido… Porque estoy aterrorizada. Por eso quiero no tener obstáculos para marchar del país.

—¿Cómo estabas tú allí?

—Porque vigilaba continuamente el Siverley College y vi que tú ibas allí. Desde que nos conocimos, no he dejado de seguirte. Temía que lo estropearas todo. Esa es una de las razones de que estuviera en la casa.

—¿Viste entrar a Bob, el que me atacó?

—Sí.

—¿Lo viste salir?

—No, porque yo escapé inmediatamente después de saltar tú por la ventana.

—Voy a hacerte una pregunta decisiva, Susan Miller. Puedes tratar de engañarme, pero será peor para ti. ¿Tú mataste a Cannon?

—No. Te juro que no.

La mujer había contestado impulsivamente. Estaba asustada hasta el límite e iba perdiendo los nervios. Fue eso lo que hizo pensar a Temple que había sido absolutamente sincera.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—No…, no lo sé.

—¿Qué notaste mientras estabas en la casa, esperando que entrara yo?

—El silencio… No vi a nadie, ni siquiera a Bob, pese a saber que estaba dentro. El silencio era agobiante…

Me ahogaba… Es eso lo que más recuerdo: el terrible silencio.

—¿Por qué me atacaste? ¿Por qué quisiste acabar conmigo?

—Estaba segura de que me denunciarías y me acusarían de aquel horrible crimen. Se podría demostrar muy fácilmente que yo había tenido relaciones con Cannon en la época en que debió morir. Por eso me asusté y… Bueno, si ataqué fue para poder escapar.

—Parece que aquí todo el mundo tiene miedo —dijo Temple, pensativamente—. Bob también lo tenía. En fin, a estas horas la policía ya debe estar revolviéndolo todo allí. Hice la denuncia anoche.

Los ojos de la mujer brillaron súbita y peligrosamente. Enseñó los dientes como una tigresa. Estuvo a punto de saltar sobre Temple.

—¡Maldito hijo de perra! ¡Entonces me has hecho hablar y resulta que ya habías hecho la denuncia a la bofia! ¡Eres un… un…!

—Calma —dijo Temple—. No he explicado que tú quisiste matarme. No he dado ningún nombre y ninguna dirección. Puedes marcharte de Inglaterra ahora mismo porque nadie te buscará. Esa es mi parte en el trato.

Ella se puso en pie. Sus piernas, que todavía eran hermosas, temblaban. Fue hacia la puerta.

—Juro que te he dicho la verdad —musitó—, pero no quiero ninguna encerrona.

Vamos a pasar tú y yo en coche por delante de la casa de Cannon. Por lo menos de lejos, quiero saber lo que pasa allí.

—De acuerdo —dijo él—. Cruzaremos la plaza por el otro lado y podrás ver a la policía ocupando la puerta. Luego, si quieres, yo mismo te llevaré al aeropuerto.

—Está bien. Vamos.

Los dos salieron juntos. Nat pensó: «Mientras no quiera ofrecerme como modelo para una de esas sesiones fotográficas… ¡Estaría bueno! ¡Con lo hecho polvo que me siento ahora!».

CAPÍTULO XIV

Otra de las sorpresas que habían jalonado últimamente la vida de Nat Temple le esperaba en la tranquila zona llamada Gandhi Circus. Él había esperado ver por lo menos un par de coches de Scotland Yard detenidos ante la puerta de la que había sido casa de Cannon, pero no distinguió absolutamente nada. La puerta quizá estaba sólo entornada, pero desde fuera parecía cerrada herméticamente. Los gatos habían vuelto a ocupar sus pacíficas posiciones, lo cual indicaba que se sentían tranquilos del todo porque nadie había vuelto por allí.

Nat dio una vuelta completa a la plaza.

Bisbiseó:

—No lo entiendo.

Claro que lo hubiese entendido caso de saber que Sorensen, el único policía que recibió la denuncia, había muerto antes de poder cursarla.

Por lo tanto nadie sabía, excepto ellos dos, que allí había un cadáver en espantosas circunstancias.

—¿Hablaste con la policía? —preguntó Susan Miller, tan sorprendida como él.

—Claro… Es decir, con un solo policía.

—Pues no ha debido hacer nada… Pero tampoco me gusta tanta tranquilidad. Puede ser una encerrona. Sigamos.

Acabaron de dar la vuelta a Gandhi Circus y salieron de la zona. Ella bisbiseó:

—No me gusta nada todo esto. Voy a ir al aeropuerto esta misma mañana.

—Tampoco me gusta a mí.

—Déjame en mi casa.

—¿Dónde vives?

—En un sitio muy céntrico. La esquina de Haymarkett con Trafalgar Square. He vivido en muchos sitios distintos, pero ahora tengo un apartamento allí. Haré mis maletas, sacaré mi dinero del Banco y antes de tres horas puedo estar en el aeropuerto de Heatrow. Desde allí salen aviones para cualquier punto del planeta.

Temple la dejó allí.

—Espero no verte nunca más, Susan Miller —dijo—. Si fueras tú sola en el avión, desearías que se estrellase al salir de Heatrow.

—Y a ti ojalá te ocurra lo qué a Cannon —dijo ella—. Dentro de dos años vendría a llevar flores ante tu cadáver. Sería delicioso.

Después de desearse la buenaventura con tan amables palabras, se despidieron los dos. No podía dudarse de que la conversación que acababan de tener los había convertido en grandes amigos.

Cuando dos personas se entienden, da gusto.

*

Susan Miller había ganado mucho dinero en los últimos años, pero su estancia en el extranjero podía ser larga y podía encontrarse en bancarrota si las cosas iban mal. De modo que, ya con las maletas hechas, resolvió que no le perjudicaría en absoluto ganarse unos cuantos centenares de libras extra. Disco un número que conocía muy bien y escuchó la voz de uno de los buitres más desalmados de los que ensuciaban su pico en Londres. La voz, que era untuosa y tenía un raro acento, murmuró:

—Vaya… ¡Qué sorpresa! ¡Pero si es Susan Miller!

—Te llamo para un asunto momentáneo. Hay que resolverlo en seguida. Lo tomas o lo dejas.

—¿Un negocio?

—Sí.

—Tú y yo nunca habíamos hablado de negocios, Susan. Como máximo la dirección de alguna chica que tal vez quisiera escucharme… Las señas de un club muy privado… Pero, en total, nada. Contigo siempre he perdido el tiempo.

—A ti nunca me he atrevido a proponerte asuntos porque eres demasiado temible, Ahmed. Por lo menos no te he propuesto asuntos directos. He facilitado chicas para unas fotos o para una noche, pero tú estás en Londres para reclutar mujeres por cuenta de

los grandes jeques del petróleo del golfo Pérsico. Más claro: carne para sus harenes. A las que salen de aquí ya no se las vuelve a ver, de modo que es demasiado arriesgado. Ahora, sin embargo, quiero hacer un trato contigo.

—¿Alguna mujer?

—Pues claro, idiota. No va a ser un camarero…

Ahmed no se inmutó, a pesar del insulto. Estaba habituado a que en el golfo Pérsico le trataran igual.

—¿Edad? —preguntó en un tono fríamente profesional.

—No pasará de dieciocho. Pero puedes elegir la que más te guste. Te llevaré a un sitio donde podrás secuestrarla sin dificultades: un colegio.

—Oye, eso es demasiado arriesgado para mí… Si me atrapan…

—Conozco muy bien el sitio y sé que no hay dificultades. De todos modos, tú nada pierdes. Lo examinas con uno de tus pájaros. Si ves que da juego, te llevas a una y pagas.

Si no da juego, te largas y yo no cobro ni el taxi. Como ves, eso es ponerse en razón.

—¿Cuánto quieres si el asunto me interesa?

—Mil libras. Y en seguida.

—De acuerdo, pasaré a recogerte.

—Pero no vengas en uno de tus «Rolls» con matrícula de Kuwait porque llamaría demasiado la atención. Un «Mini» hecho polvo bastará. Te estoy aguardando desde ahora.

Y Susan Miller colgó.

Sus ojos se habían oscurecido.

Volvía a ser la pantera viciosa que fue siempre.

Mil libras son mil libras.

Cuando Ahmed vino a buscarla con uno de sus sicarios, seguía brillando en sus ojos aquella mirada negra.

CAPÍTULO XV

La misma idea de dirigirse al Siverley College aunque por motivos muy distintos, la había tenido Temple también. Quería saber si Sorensen, cuya falta de actividad no comprendía, había decidido empezar sus investigaciones por allí. En todo caso, tenía también el máximo interés en espiar a Valís. Todo eso fue lo que le hizo llegar antes del mediodía a aquel siniestro paraje que tanto le había impresionado desde el mismo momento en que lo vio.

Y entonces siguieron las sorpresas para él.

Pero ésta fue mayúscula.

Esta sí que le pareció absolutamente sin sentido.

Porque el colegio… no sólo tenía las puertas y las ventanas abiertas.

¡Además, estaba engalanado!

¡Y de su interior surgía una suave música de órgano!

No se veía a nadie por allí. ¡Todo estaba vacío, pero era como si dentro de poco fuera a celebrarse una fiesta!

Tan asombrado estaba Nat, que hasta se olvidó de conducir. Por poco se estrella contra un árbol.

No entendía absolutamente nada.

Pero había un solo sitio donde podían aclarárselo, de modo que fue a la estación de policía correspondiente a la zona, aquella estación de policía donde ya había estado una vez, sin atreverse a entrar en el último momento. Preguntó por el comisario jefe.

El comisario jefe estaba allí en aquel momento. Llevaba un traje perfecto, elegante, un traje oscuro que le sentaba muy bien. En el despacho, sorprendentemente, había otras tres personas muy bien vestidas. Se trataba de dos hombres y una mujer.

El policía, un hombre de alrededor de cincuenta y cinco años,

recibió amablemente a Temple, incluso al saber que era periodista. Pero cuando éste le dijo que pretendía hablar a solas con él, se mostró algo reticente para sacar del despacho a las otras tres personas que lo ocupaban.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Es un asunto absolutamente privado?

—Es un asunto que no entiendo, comisario, y por eso quiero hablar a solas con usted.

Un asunto tan oscuro, y que a veces me parece tan increíble y tan fantástico que no quiero explicarlo delante de testigos.

El policía hizo una seña de resignación. Indicó a los otros que salieran.

—Me esperaban para ir juntos a un sitio —dijo—. En fin, de todos modos la cosa no tiene tanta importancia. Siéntese y dígame lo que sea, por favor. Pero no se entretenga demasiado.

—Usted es el comisario Bender, ¿no?

—Exacto, el comisario Bender.

—Hay dos preguntas fundamentales que quisiera hacerle, comisario. Una de ellas es ésta: ¿se ha sabido algo en Scotland Yard del inspector Sorensen?

El otro arqueó una ceja.

—¿El inspector Sorensen? —musitó—. No, no tengo idea… Por supuesto, nos vemos poco, porque pertenece a los servicios centrales. ¿Por qué no prueba a llamar a la sede de Scotland Yard y allí le informarán?

—Lo he hecho, pero no saben nada. En fin… De todos modos éste es un asunto que tiene poca importancia… Más tarde o más temprano aparecerá, supongo. De lo que quiero hablarle es de algo que está relacionado con esta zona: del colegio Siverley.

Los ojos del policía chispearon un momento de una forma peculiar, una forma que desconcertó a Nat, pero sus facciones permanecieron impasibles. Con voz educada, preguntó:

—¿Qué ocurre con el colegio Siverley?

—Fui con dos agentes de esta estación la otra noche porque quería comprobar la presencia de una persona. Pero nos encontramos con que estaba cerrado.

—Es que está cerrado —dijo suavemente Bender—. Claro que lo está. Ese colegio es ya muy antiguo y no funciona.

Temple se frotó los dedos nerviosamente.

—Oiga… —murmuró.

—¿Qué pasa?

—Si está cerrado, ¿cómo es que esta mañana lo han engalanado igual que si fuera a celebrarse una fiesta? ¿Cómo es que suena el órgano? ¿Cómo es que tiene puertas y ventanas abiertas?

En los ojos del comisario Bender volvió a brillar aquella lucecita desconcertante, un poco macabra. Aquella lucecita que Temple no entendía, que le hacía pensar en un mundo donde ninguna de las cosas más lógicas eran verdad.

Porque de pronto tuvo la absurda sensación de que la atmósfera del colegio Siverley se había trasladado a aquel despacho, que las voces misteriosas también sonaban allí, que todo daba vueltas como en las pesadillas que nunca acaban, nunca acaban, nunca acaban…

Y, sin embargo, no era nada.

Sólo era la expresión de los ojos de aquel hombre.

Pero le desconcertaba totalmente; aquellos ojos le dejaban helado. Había en ellos algo que no comprendía.

¿Era tal vez una amenaza?

¿O una súplica?

Temple hubo de cerrar un momento los ojos.

El comisario susurró:

—¿Qué le pasa, amigo?

—Nada. Es que… Bueno, tal vez me sienta un poco mareado… No es nada.

—¿Quiere un vaso de agua? En una estación de policía es lo único que estamos autorizados a darle.

—No, gracias. Sólo quiero que me diga por qué ocurren esas cosas en un colegio que está cerrado. Es incomprensible.

—Alguien estará probando un órgano —dijo suavemente Bender —. No tiene importancia.

—¿Y había de engalanar el colegio para eso?

—¿Engalanarlo? —De pronto, el comisario chascó dos dedos como si recordara algo—. Ah, sí… Puede que hoy se celebre una recepción.

—¿Qué clase de recepción si está cerrado?

—¡Yo qué sé! Tal vez una inauguración… O la admisión de unas nuevas alumnas… No me lo pregunte porque no es asunto mío.

Pero no sé por qué ha venido aquí. Me gustaría saber qué clase de delito es el que usted tiene que denunciar, señor Temple.

—No es que se trate de un delito. Es que… —De pronto, Temple se dio cuenta de que estaba moviéndose en un espacio sin sentido, en una especie de cuarta dimensión—. Me doy cuenta ahora de que no hay que denunciar eso en una estación de policía. Perdone.

Y fue a levantarse.

—¿Adónde va?

—A ningún sitio especial. Regreso al centro de Londres.

—De acuerdo, señor Temple. Buenos días.

—Disculpe que le haya molestado. Quizá en estos últimos días, debido al exceso de trabajo, me he sentido algo nervioso.

—Eso es malo, señor Temple. Cuídese… Le deseo suerte.

Cuando el joven salió, se sentía envuelto igualmente en aquella atmósfera irreal. Le seguía pareciendo que el clima alucinante del Siverley College se había trasladado a la cercana estación de policía, aunque no sabía por qué. Pero de pronto aquella extraña sensación se acentuó. Se acentuó de una manera tan clara que Nat Temple estuvo a punto de tropezar, dominado por el vértigo.

Los rostros de aquellas tres personas —dos hombres y una mujer — que había visto antes en el despacho del comisario Bender, estaban ante él. Los tres tenían expresiones suplicantes. Los tres le miraban con ojos donde parecía palpitar una chispita de locura, una lucecita que no era de este mundo.

Y, sin embargo, eran personas perfectamente normales, personas que incluso tenían amistad con el comisario de policía…

¿Por qué aquella expresión tan extraña?

¿Por qué?

—¿Ha hablado usted del colegio? —preguntó la mujer.

Nat tragó saliva.

—¿Es que ustedes lo conocen? —susurró.

Uno de los hombres le sujetó por las solapas. Estaba tan nervioso que parecía a punto de perder el control de sí mismo.

—¿Ha hablado del colegio o no? —masculló, arrojando partículas de saliva a la cara de Nat—. ¿Qué le ha dicho?

—Por favor… —suplicó la mujer, más tierna—. No vaya usted. Olvídelo…

—Pero ¿por qué? —susurró Temple—. ¿Cuál es la razón? ¿Por

qué no he de ir allí?

Sus sorpresas iban en aumento.

Seguía moviéndose en un mundo que no tenía ningún sentido, un mundo donde no entendía absolutamente nada y donde daba pasos a ciegas.

Pero si creía haber llegado al límite de lo irreal, si creía estar en esa frontera de la cuarta dimensión donde las cosas no son las mismas, le faltaba lo peor. Y lo peor vino cuando el comisario Bender salió de su despacho bruscamente gritando:

—¡Deténganlo!

Capítulo XVI

El cuello de Temple sufrió un violento espasmo. De pronto, se dio cuenta de que no podía respirar. Pero se dio cuenta también de que dos *policemen* venían hacia él, obedeciendo la orden del comisario.

Temple seguía sin entender nada, pero reaccionó de un modo maquinal. Pensó que si le detenían se vería envuelto en aquella atmósfera sobrenatural ya para siempre. Por extraño que pareciera, también por el lugar en que estaba ahora pasaban las sombras del misterio. Pensó, por fin, que los policías ingleses no llevan armas, de modo que estaban igual que él.

Fue la angustia lo que le dio fuerzas.

Fue la misma desesperación lo que comunicó un vigor terrible a su puño derecho.

Uno de los policías salió despedido sin darse cuenta de lo que ocurría. El otro chilló para llamar la atención del que prestaba servicio en la puerta.

Sin embargo, Nat no estaba dispuesto a perder un segundo. Había saltado ya hacia la salida con la velocidad de un gamo. Cuando el agente de la puerta intentaba detenerle, lo cazó de un gancho que lo levantó del suelo. Luego corrió a toda velocidad hacia donde tenía aparcado su coche.

En aquel momento le acompañó la suerte, porque la estación de policía era completamente suburbial y sólo estaba dotada de un coche patrulla. Como éste se encontraba efectuando un servicio, en aquel momento no había ningún patrullero para perseguir a Temple.

Este sabía que llamarían por radio.

Pero contaba con unos minutos decisivos para escabullirse, y los aprovechó. Dio gas rabiosamente, doblando la esquina a una

velocidad suicida. Estuvo a punto de chocar con un autobús, pero lo esquivó a tiempo. Dobló dos esquinas más e hizo lo que había pensado en el mismo momento de iniciar su fuga. Jamás había pensado tan rápido como entonces y jamás habían sido tan certeros sus reflejos.

Se dirigió directamente a un cementerio de coches que estaba en un descampado, algo más allá. También aquí le acompañó la suerte, porque los que trabajaban en él se encontraban lejos. Pudo entrar, dejar su viejo «Morris» junto a una pila de otros vehículos destinados a chatarra, salir de él, volcarlo con una potente contracción de brazos y largarse a toda velocidad. Ni los policías encontrarían el coche allí, no tendrían jamás la valiosa pista que significa el saber dónde lo había abandonado.

A continuación tomó un taxi hasta las cercanías del Siverley College. Eso era lo esencial.

Tenía que llegar allí antes que nadie para saber lo que pasaba.

Despidió el taxi y avanzó por los bosques a pie. Se hundió en las sombras. Se dio cuenta de que en pleno día uno puede sentir tanto miedo como en plena noche.

Aquella atmósfera irreal seguía envolviéndole.

La música del órgano llegó hasta él.

La música lejana que parecía venir desde el otro mundo.

CAPÍTULO XVII

Cuando Ahmed llegó a las inmediaciones del Siverley College con uno de sus hombres y con Susan Miller, le extrañó también aquello. Le extrañó el sonido del órgano. Era algo lento, macabro, corrosivo, que se infiltraba poco a poco entre los árboles y que avanzaba envuelto por la niebla primeriza del mediodía. Fue una cosa que no pudo definir, pero que incluso a un hijo de perra como él, a un tipo sin sentimientos, le puso un nudo en la garganta y le hizo sentir el escalofrío del miedo.

—Pero ¿qué cuerno hay por aquí? —susurró—. ¿Una catedral?

Susan Miller, que pilotaba el «Mini» porque ella conocía bien el camino, detuvo el vehículo y lo estacionó entre dos árboles de forma que no pudiera ser visto. No hizo ningún comentario al sonido que llegaba hasta ellos y que realmente oía por primera vez.

También sentía en la columna vertebral un cosquilleo que tío sabía identificar y que quizá era el cosquilleo del miedo, pero no se detuvo por eso. Le hubiese parecido estúpido.

Avanzaron entre el bosque hasta llegar a la vista del solemne edificio de piedra.

Era el preciso momento en que Temple telefoneaba desde una cabina pública. El preciso momento en que discaba nerviosamente el número del *Commerce Monitor*.

Le respondió una voz atildada:

—Aquí el *Commerce Monitor*, el diario más importante de esta calle. Dígame…

Nat estuvo a punto de lanzar una maldición.

—Pero, chico… ¿También tú?

—Hago horas extras de telefonista. Me explotan… Me extorsionan… Me esclavizan…

Me chupan la sangre. Me quejaré al Sindicato…

—Para, para, chico… Quiero saber si ha llamado aquella mujer que tú conoces bien.

Quiero saber si ha llamado Sylvie.

—¿La aspirante a periodista que quiere casarse con usted? Claro que ha llamado, patrón. Y ha dicho que no decía no sé qué de la madre de usted por educación. Por lo visto le está dando esquinazo. ¿No es eso?

—No, no le doy esquinazo. Todo lo contrario. Si llamo es para disculparme, porque no sé cuándo voy a volver. Dile que voy al Siverley College, pero sobre todo que no venga ella, ¿entiendes? Que no venga.

—Entiendo, patrón. Que vaya en seguida, perdiendo el culo.

—No, bestia, que no. Que no venga… Es peligroso…

Y colgó.

No podía perder más tiempo.

Ahora se sentía más tranquilo, después de haber dejado el recado para Sylvie. Dejó atrás la última parcela de bosque, junto a la cabina que acababa de utilizar, y entró en los dominios del colegio.

En los dominios misteriosos de aquel extraño órgano.

En los dominios de la niebla.

Sentía frío.

En pleno mediodía sentía tanto frío como si estuviera en la noche polar. Un frío que le llegaba hasta el fondo de los huesos.

Pero al menos vio algo reconfortante.

Algo que antes no estaba allí.

El coche particular del inspector Sorensen. ¡Sorensen, por fin, había llegado allí! ¡Iba a intervenir! ¡Al menos podía contar con un amigo! ¡Por fin el asunto iba a quedar resuelto!

Mientras Susan Miller avanzaba con Ahmed y el otro hombre notó también aquella sensación de frío. Era algo oscuro e instintivo que no podía comprender, pero que la desasosegaba. La verdad era que nunca había visto aquello tan solitario.

El propio Ahmed pareció respirar de un modo especial aquel aire quieto.

No le gustaba.

—¿Siempre ha estado esto tan solitario? —murmuró—. ¿Dónde

puedo ver a las chicas?

—Claro que está solitario —dijo abruptamente Susan—. Y así ha de ser. ¿Qué querías?

¿Secuestrar a una chica en el centro de Piccadilly Circus?

—Lo que quiero es saber dónde están.

—Mira…

Susan Miller conocía tan perfectamente aquello que había atravesado el vestíbulo, abriendo la puerta de una de las aulas. La propia soledad del ambiente le daba confianza.

Demasiada confianza, tal vez, porque pensaba que las cosas le iban a salir tan bien como le habían salido en las anteriores ocasiones. Las dos veces anteriores le había bastado casi hacer una seña a las chicas para que la siguiesen. Ahora…

—Mira —repitió.

Ahmed estaba extasiado.

En aquella especie de aula había diez muchachas, todas vestidas igual, con una especie de toga de ceremonias. Todas eran jóvenes y tan bonitas que cada una de ellas valía una fortuna puesta en el harén de un jeque del petróleo. Le pareció un sueño poder elegir sin dificultades.

Claro que entre diez, ¿cómo iba a secuestrar a una? ¿Es que las otras no reaccionarían?

—No reaccionan —dijo Susan, como si adivinara sus pensamientos—. La que elijas te seguirá como un perrillo. A veces parecen incluso hipnotizadas.

Ahmed esbozó en sus labios un principio de sonrisa.

No acababa de entenderlo, pero si Susan lo decía había de ser verdad. Susan Miller era una profesional que conocía cada paso que daba. Fue a avanzar hacia el interior.

Y de pronto, oyeron los tres un leve ruido a su espalda. Se volvieron como un solo cuerpo. Susan enarcó una ceja con un gesto de extrañeza porque conocía al tipo que estaba tras ellos.

—Bob… —susurró—. ¿Qué haces aquí, Bob?

El otro no contestó. Tenía la mirada perdida. Sus ojos no miraban a ninguna parte. ¿O quizá sí? ¿Quizá tenían un punto concreto al cual mirar? ¿Quizá estaban clavados en el corazón de Susan?

Ella bisbiseó:

—Bob…

Alguien más había aparecido tras él. Susan Miller lo conocía igualmente porque era un inspector de Scotland Yard, uno de los hombres de los que había tenido que huir en otro tiempo. Tuvo un sobresalto porque se dio cuenta de que aquello podía ser una trampa.

Pero también había algo extraño en los ojos de Sorensen.

También parecía tener la mirada perdida.

También sus ojos miraban hacia un punto imprecisable, un punto que quizá era el corazón de Ahmed.

Susan Miller bisbiseó:

—Inspector… ¿Qué le pasa?

Sorensen no contestó.

Y entonces ocurrió aquello. Entonces oyeron los gritos de las diez mujeres, oyeron el ulular de la muerte.

CAPÍTULO XVIII

Hay situaciones en que uno se sumerge en un clima de horror en fracciones de segundo, de un modo instantáneo, como cuando se cae a un abismo. Hay situaciones que en un momento pasan a ser de medio naturales a sobrenaturales del todo. Una mirada puede cambiarlas. El gesto de una mano… O un grito.

Aquel alarido múltiple lo cambió todo.

Aquella especie de himno de muerte que ahogó la voz del órgano, que lo sumergió todo en un baño de horror. Las diez mujeres avanzaron como brujas desgreñadas, como fieras ansiosas, haciendo que sus largas cabelleras flotaran al viento. Sus caras, de pronto, habían cambiado. Ya no eran las de diez muchachas, sino las de diez brujas histéricas y ansiosas de sangre. Un olor especial, un olor nauseabundo y que resultaba imposible de definir se desprendía ahora de ellas. Sus uñas parecían haber crecido. Los ojos se les salían de las órbitas. Los rostros tenían una extraña lividez, los dientes parecían fosforescentes y despedían una extraña luz de horror.

Ahmed fue el primero en volverse. La brutal sensación de algo sobrenatural le había acometido de pronto. Pero él era un profesional y estaba acostumbrado a toda clase de situaciones, de modo que supo sacar en cuestión de segundos su revólver «Bulldog».

Hizo fuego.

¡Y no pasó nada!

Teóricamente tenía que haber dejado seca a una de las muchachas.

¡Y ni siquiera la frenó!

Tuvo la misma brutal sensación que había tenido Temple

cuando vio caer a Patty Sullivan desde el tejado del colegio: de que en realidad moría por segunda vez una muerta. De su cuerpo no había brotado sangre. En sus músculos no se había producido la menor contracción.

Gritó de angustia.

Era algo incomprensible, algo atroz, pero, sin embargo, le estaba ocurriendo.

Aquellas brujas satánicas les rodeaban.

Habían clavado las uñas en sus cuellos.

Acercaban a ellos sus dientes.

Sus dientes que de pronto se habían hecho afilados, siniestros, largos…

Fue Susan Miller la primera en lanzar aquel alarido de horror.

Porque también había visto los ojos perdidos de Bob y de Sorensen. Porque había distinguido las navajas barberas que brillaban en sus manos.

Trató de saltar.

Aún era joven, aún podía conseguirlo… ¡Aún llegaría a huir! ¡Aún escaparía de aquel infierno!

—Nooo… —suplicó—. Noooo…

Fue el propio Sorensen el que movió la navaja barbera.

Fue él quien hundió la hoja en el cuello palpitante de Susan Miller.

Ahmed había disparado otra vez, pero sin resultado. Cinco manos ansiosas apretaban su cuello. Su compinche había caído igualmente aplastado por aquellas furias. Vio brillar también sobre su cabeza la navaja barbera que empuñaba Bob.

Este dio un seco tajo.

Brotó la sangre.

Un grito unánime de triunfo, de muerte, se extendió por la sala.

La puerta frontera se había abierto. Por ella acababan de surgir Valís y su ayudante, que llevaban ropas de ceremonia más lujosas que nunca. En el turbante de Valís no faltaba el valioso zafiro.

No se inmutaron al ver el salvaje sacrificio. Por el contrario, su presencia allí era una aprobación, una señal tácita para que continuase.

Lo mismo Susan Miller que los dos hombres que la habían acompañado hasta allí estaban siendo materialmente despedazados.

Las diez muchachas se habían transformado en furias sedientas de sangre. Las uñas afiladas no respetaban ni los ojos. Si Nat Temple hubiese visto aquello habría tenido que recordar inmediatamente por fuerza, el cadáver mutilado de Belmar, el primer hombre asesinado que descubrió.

La escena parecía propia de una pesadilla.

Normalmente, unos hombres como Bob y Sorensen no hubieran podido resistirlo.

Y, sin embargo, permanecían impasibles mirándolo todo, tras haber iniciado ellos el ataque. Sus ojos entrecerrados no tenían ninguna expresión, ninguna luz. Sus cuerpos estaban ahora rígidos como los de dos muertos. No se movían.

Valís hizo entonces una seña. Igual que si aquella fuese una orden transmitida a unos *robots* mecánicos, las mujeres dejaron de atacar. Algunas de ellas se habían manchado las ropas de sangre. Sus bocas, sus pieles, también estaban espantosamente manchadas de rojo.

La escena seguía pareciendo producto de una pesadilla.

Valís dijo, con voz lenta:

—Tenéis que cambiaros de ropa. La ceremonia va a empezar. Pero antes ocultad estos cuerpos.

Obedeciendo sin vacilar, las mujeres arrastraron los cuerpos hacia el interior. Aquellos cuerpos iban dejando un rastro de sangre, pero las muchachas que no tiraban de los cadáveres se dedicaron a limpiar aquel rastro. Valís dijo a su ayudante:

—La médula de los huesos se podrá aprovechar. He de mezclarla con la droga para alimentar a las muchachas. Encárgate de eso.

El otro respondió con un simple movimiento de cabeza.

También obedecía ciegamente, a pesar de que en sus ojos había luz, como en los del propio Valís, a diferencia de los ojos de los otros.

Fue a avanzar hacia el interior.

Y de pronto, su cabeza pareció estallar.

De pronto, aquel impacto, el más terrible que había recibido en todos los días de su vida, lo levantó del suelo.

Nat Temple se había arrojado sobre él, convertido en un lobo rabioso, mientras aullaba:

—¡Malditos asesinos hijos de perra!

CAPÍTULO XIX

Llegando unos minutos antes, Nat hubiese podido intervenir tal vez, aunque eso no habría servido de nada. Pero desde el momento en que puso los pies en aquel sector del Siverley College y se dio cuenta de la terrible escena, se olvidó de toda precaución. Desde el momento en que vio aquella orgía de sangre y de muerte, se olvidó de su propia seguridad. Todo el miedo sutil que hasta entonces había anidado en sus huesos desapareció. El propio horror que sentía le dio fuerzas.

Intentando algo desesperado, tratando de sacar al menos a Bob y a Sorensen de aquella atmósfera alucinante, se lanzó hacia el ayudante de Valís. Los dos terribles impactos le dejaron K.O. en un momento, pero estaba el propio Valís. Y, sobre todo, estaban Bob y Sorensen. Estos tendieron sus navajas barberas hacia él, como si le buscasen la curva del cuello.

Nat estaba aterrado de nuevo.

A ellos no podía atacarles.

A ellos, no.

Lo único que pudo balbucir fue:

—Dios mío…

Los pensamientos aterradores se amontonaban en su cráneo.

Le despojaban de sus fuerzas.

Le dejaban a merced de la diabólica habilidad de Valís, que se había situado a su espalda.

Valís preparó un golpe de karate contra la nuca del joven.

Pero éste le vio venir. O lo presintió. Su espíritu de luchador revivió en él cuando más próximo estaba a recibir el golpe definitivo. Se volvió en fracciones de segundo mientras disparaba sus puños.

Valís recibió los dos terribles impactos, uno en el corazón y otro en la mandíbula.

Vaciló. Sus ojos se nublaron. Alzó los brazos y chocó contra una de las paredes de piedra, sin fuerza para sostenerse.

Temple preparó sus puños de nuevo. Fue a lanzarse a fondo, con todas sus energías y con toda su rabia.

Pero los otros dos hombres seguían junto a él y ahora los tenía a su espalda. Lo mismo Bob que Sorensen le sujetaron con sus manos. Le inmovilizaron mientras una navaja barbera se apoyaba en la garganta de Temple.

Y era precisamente Sorensen el que la empuñaba.

Temple apenas pudo balbucir:

—Tú…

La hoja fue a clavarse en su piel.

Fue a trazar el último y definitivo signo de la muerte.

Pero Valís detuvo el sangriento sacrificio con un gesto. Murmuró:

—No, ése no. Más vale no dañarle demasiado… Puede servir. Será un compañero ideal para vosotros.

Nat Temple no pudo ni moverse. Tuvo la sensación de que la sangre ya ni siquiera circulaba por su cuerpo. No notó ni el filo de la navaja que se mantenía quieto sobre su garganta.

Y entonces lo comprendió. Comprendió la magia del rito *vudú*, unido a las drogas que utilizaba Valís y a la especial alimentación que proporcionaba a sus muertos en vida.

Comprendió, sobre todo, lo que eran aquellas muchachas. Comprendió también lo que eran en este momento Sorensen y Bob.

¡Zombies!

¡Muertos que caminaban!

¡Seres resucitados gracias al rito *vudú*, cuyos secretos aún se desconocen! ¡Mantenidos gracias a las drogas! ¡Dirigidos por la sabiduría diabólica de Valís!

Eso significaba… ¡que Bob estaba muerto cuando habló con él en la redacción después de volver de Gandhi Circus!

El pensamiento le heló la sangre en las venas.

Eso significaba que… ¡Sorensen no había hecho ninguna investigación porque murió poco después también!

Y el nuevo pensamiento le heló hasta la médula de los huesos.

Se daba cuenta de otros detalles horribles:

De que Susan Miller había traficado con unas muertas sin saberlo.

Se daba cuenta también de por qué obedecían tan fácilmente las órdenes cuando Valís no las vigilaba.

Se daba cuenta también de que Valís había pagado sin rechistar por una razón: porque no le interesaba que la policía hurgara en sus secretos.

Y por qué había tenido que morir el comerciante Belmar.

Porque tenía las fotos de unas chicas que cualquiera podía reconocer… ¡y recordar que se trataba de unas muertas!

Las consecuencias de aquello hubieran podido ser inimaginables.

Temple tuvo que cerrar los ojos.

Su cabeza le daba vueltas.

El horror le había quitado hasta el último átomo de fuerza. Era incapaz de defenderse, era incapaz casi de pensar. Sólo veía caer de nuevo hacia él a Patty Sullivan, la que se desplomó desde el tejado. ¿Había sido simple casualidad? ¿O tal vez en su cerebro penetró un rayo de luz, un atisbo de razón y se dio cuenta del mundo alucinante en que se encontraba?

Temple repitió de nuevo:

—Dios santo…

Porque sabía lo que iban a hacer con él. Sabía que le convertirían también en un *zombie*. Obedecería ciegamente las órdenes que Valís le diese. Aquella vida negra, aquella vida que duraría mientras durara la de Valís, era cien veces peor que la muerte.

Se daba cuenta también de que a Cannon lo mataron aquellas furias.

De que también ellas habían matado a Bob.

No había sido Susan Miller.

No, ella no…

Con voz ronca, con un último atisbo de voluntad, pidió:

—No hagas eso, Bob… Tú y yo hemos sido amigos… Y tú, Sorensen… Arrancadme el corazón, si es que tenéis que matarme… Pero no permitáis eso… Nooo…

Los otros no se movieron.

Como si no le hubieran oído.

Como si Temple no existiera.

Y de pronto, Temple se sintió a salvo. De pronto, todo cambió. De pronto, estuvo a punto de gritar de júbilo, de emoción, a punto de proclamar su victoria…

Porque al colegio estaban llegando… ¡seres humanos!

¡Una procesión elegante de casi veinte personas!

¡Salían del bosque! ¡Venían hacia allí!

¡Le salvarían!

Porque una de esas personas… ¡era el propio Bender, el comisario de policía que había querido detenerle!

¡Ahora venían a liberarle!

¡Estaba salvado!

Las notas del órgano, que retumbaban como nunca, le parecieron por primera vez un himno de victoria.

Balbució, como si quisiera corresponder a los poderes divinos que le habían ayudado:

—Gracias.

Pero, de pronto, su mirada cambió. Nació una lucecita en ella.

Una lucecita roja.

O quizá negra.

¿Por qué no se movían los que venían hacia allí?

Tenían que haberle visto ya.

Tenían que haber notado que le apoyaban en la garganta una navaja barbera.

Entonces, ¿por qué no hacían caso?

¿Por qué el propio comisario de policía no se interesaba por él?

¿Y por qué le dirigían aquellas miradas de lástima?

¿Es que no iban a salvarle?

¿Es que nadie se preocuparía de él?

¿Qué significaba aquello?

—¿Qué?

La mujer que antes había hablado con él en la estación de policía susurró al pasar a su lado:

—Ya se lo advertimos, joven.

—No debió venir aquí —musitó uno de los hombres.

—Sufriremos por usted.

—Pero usted se lo ha buscado. Le advertimos. Usted se lo buscó.

Pasaban junto a él.

Con indiferencia.

Quizá con dolor oculto, porque se notaba que muchos evitaban mirarle.

La extraña procesión pasó junto a él y junto a Valís, que les saludaba a todos cortésmente. Entraron, encabezados por el comisario de policía, en el recinto donde las chicas ya debían haberse cambiado de ropa. La música del órgano, en un último y solemne arpegio, cesó.

Y entonces, Nat comprendió lo último que tenía que comprender.

La última verdad…

La de la cuarta dimensión moral.

La que lo explicaba todo.

Los que acababan de llegar allí… ¡venían a ver a sus hijas!

¡Sabían que estaban muertas!

¡Lo sabían!

¡Lo sabían!

¡Pero se las habían confiado a Valís porque para ellos era mejor que perderlas! ¡El propio comisario de póliza había garantizado la impunidad! ¡Él era uno de los afectados por aquel dolor! ¡Una vez al año las veían! ¡Sabían que ya no eran de este mundo, pero al menos estaban en él!

Temple sentía que se le había secado la boca.

Se ahogaba.

El corazón le hacía daño, como si fuese a pararse.

Todo aquello era maravilloso y espantoso a la vez. Era el otro mundo en éste. Era… Pero Temple ya no pudo seguir pensando. Se sentía incapaz de ligar las ideas. Sabía que dentro de poco, él sería como aquellas mujeres, como aquellos dos hombres que le sostenían. Una especie de grito de horror murió en su garganta. Una muda desesperación asomó a sus ojos, pero sabía que todo era ya inútil.

El propio Bob dijo:

—Ahora…

La navaja fue a moverse por última vez.

Nat cerró los ojos.

Ni siquiera le importaba morir.

Y fue entonces cuando le pareció oír aquellas sirenas de la

policía.

¿Soñaba?

¿Era ya el otro mundo?

¿O iba a salvarse al fin? ¿Iba a ser todo descubierto? ¿Iban a encontrar aquellas pobres muchachas el reposo que jamás tuvieron? ¿Sabrían todos sus familiares, los que estaban en el secreto, que al violar las leyes de Dios habían creado unos monstruos?

¿Sabrían que eran ellos quizá los que habían asesinado a Susan Miller?

Las sirenas zumbaban en el cráneo de Nat Temple.

Cada vez más cerca…

Más cerca…

¿Era el sueño de la muerte?

¿O era quizá que el chico se había equivocado otra vez? ¿Que al dar el recado a la muchacha, en lugar de decirle que no fuera le había dicho que sí fuera, que se dirigiese allí en seguida porque el asunto era peligroso? ¿Y ella había avisado a Scotland Yard?

¿Era eso?

Los coches ya se detenían en el prado con un último ulular de sirenas. Nat Temple susurró:

—Chico… Para que no te falte nada, la próxima vez te pondré yo una botella de *whisky* debajo de la mesa…